

**LA TENSIÓN ENTRE LO APOLINEO Y LO DIONISIACO, COMO MARCO DE
LAS INTERACCIONES EN LA VIDA COTIDIANA DE NIÑOS Y ADULTOS**



MARIA CRISTINA CORRALES MEJÍA

**CONVENIO: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL - CENTRO
INTERNACIONAL DE EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO CINDE
MAESTRÍA EN DESARROLLO EDUCATIVO Y SOCIAL**

BOGOTÁ

2014

**LA TENSIÓN ENTRE LO APOLINEO Y LO DIONISIACO, COMO MARCO DE
LAS INTERACCIONES EN LA VIDA COTIDIANA DE NIÑOS Y ADULTOS**



MARIA CRISTINA CORRALES MEJÍA

**Informe de investigación presentado como
Requisito parcial para optar al título de Magíster
en Desarrollo Educativo y Social**

**Director:
JUAN CARLOS GARZÓN RODRIGUEZ**

**CONVENIO: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL - CENTRO
INTERNACIONAL DE EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO CINDE
MAESTRÍA EN DESARROLLO EDUCATIVO Y SOCIAL
BOGOTÁ**

2014



Miller, A. Pinturas 1975- 2005
Técnica: óleo sobre lienzo


*Bajo la magia de lo dionisíaco no sólo se renueva la alianza entre los seres humanos:
también la naturaleza enajenada, hostil o subyugada celebra su fiesta de
reconciliación con su hijo perdido, el hombre.
De manera espontánea ofrece la tierra sus dones,
y pacíficamente se acercan los animales rapaces de las rocas y del desierto*

Friedrich Nietzsche
El Nacimiento de la Tragedia (2009)

*A mi familia, mi eterno retorno,
Diego, Marianna, José David y
Luz Stella.*

	FORMATO	
	<i>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</i>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 1 de 5	

1. Información General	
Tipo de documento	Trabajo de grado para maestría.
Acceso al documento	Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano CINDE – sede Bogotá - Centro de Documentación y Universidad Pedagógica Nacional - Biblioteca Central
Título del documento	La tensión entre lo Apolíneo y lo Dionisiaco, como marco de las interacciones en la vida cotidiana de niños y adultos
Autor(es)	Corrales M., María Cristina
Director	Juan Carlos Garzón Rodríguez
Publicación	Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional, 2014. 81 p.
Unidad Patrocinante	Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano CINDE – Universidad Pedagógica Nacional
Palabras Claves	Interacciones, adulto, niño, apolineocentrismo, Dionisiaco, transmutación de valores, voluntad de poder.
2. Descripción	
<p>La presente investigación de orden documental, sostiene que las interacciones entre los adultos y los niños han estado mediadas por la cosmovisión heredada del mundo griego relacionada con el mito de Apolo y de Dionisio; dioses que a través de sus epopeyas relatan dos maneras distintas de concebir el mundo y que dadas sus características particulares, bien pueden asemejarse a las visiones que poseen el adulto y el niño; motivo por el cual el mito apolíneo y dionisiaco, será reinterpretado a la luz de una nueva narrativa que servirá como explicación para develar intenciones, significados, conexiones y contextos de las relaciones adulto-niño.</p> <p>Desde esta perspectiva, la investigación parte de interrogarse ¿cómo han incidido las concepciones epistémicas desde lo apolíneo y lo dionisiaco, en la construcción de las interacciones en la vida cotidiana adulto – niño? El objetivo general busca interpretar los fenómenos y manifestaciones de las concepciones epistémicas desde lo apolíneo y lo dionisiaco en la construcción de las interacciones en la vida cotidiana adulto-niño, tras el cual se desprende los propósitos de descubrir la manera como de la Antigüedad a la Modernidad, se ha venido construyendo el pensamiento occidental sobre el que se fundamentan estas relaciones; analizar las posibilidades emergentes de estas relaciones en el marco de la sociedad</p>	

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Facultad de Pedagogía</i>	FORMATO	
	<i>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</i>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 2 de 5	


contemporánea y finalmente proponer alternativas para la integración de estas dos concepciones epistémicas, en beneficio de la construcción de relaciones recíprocas entre adultos y niños.

La postura hermenéutica que inspira este trabajo, busca rescatar desde la comprensión Nietzscheana del mito de estos dos dioses, los modos como los griegos concibieron y manifestaron el mundo; concepciones y manifestaciones que perduran hasta nuestro días y a través de las cuales, se abren las posibilidades de discernimiento y reflexión de las actitudes humanas que han mediado las tensiones y dinámicas que se entretajan en las relaciones habituales entre niños y adultos.

La hipótesis central que se desarrolla, es que a lo largo de algunos de los momentos históricos de la humanidad, hasta la Modernidad inclusive, la mirada unívoca de la racionalidad “Apolineocéntrica” de occidente, que se corresponde con la mirada adulta del mundo, ha marginado las manifestaciones del niño y de la infancia en la vida misma y en las dinámicas sociales, a través del reforzamiento de una serie de valores en los que el niño siempre se ha encontrado doblegado a los preceptos adultos. No obstante, en la sociedad actual, esta situación es susceptible de cambio, dadas las renovadas cosmovisiones y pluralidades que se empiezan a aceptar en los diferentes contextos sociales, que dan cabida a lo dionisiaco y por consiguiente a la visibilización de los niños de una manera diferente, tras interpelar las concepciones que el adulto tradicionalmente ha tenido sobre ellos, animando nuevas perspectivas y valores para la comprensión de la infancia.

Como marco de referencia central y conductor de la investigación, se asume la interpretación nietzscheana del mito griego relacionado con Apolo y Dionisio que permea la obra del filósofo alemán en varios de sus textos, principalmente en *El Nacimiento de la Tragedia* y en *El Ocaso de los Ídolos*, por cuanto este pensador se ha convertido en el oráculo más reciente para mostrar a los hombres, cómo en la tragedia, que es la propia vida, convergen dos fuerzas, la apolínea y la dionisiaca, formas distintas pero complementarias e irreducibles de comprender las tensiones de la experiencia vital y sus modos de expresión de la voluntad y de transformación de la realidad, cimentada en la transvaloración de todos los valores.

En esta dinámica, las propuestas nietzscheanas, se pondrán en permanente diálogo con las indagaciones y análisis de autores como Phillipe Ariès, Buenaventura Delgado, Eduardo Bustelo, Sandra

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Facultad de Pedagogía</i>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 3 de 5	

Carli, Valeria Llobet, Cristina Corea, Michael Foucault, Gilles Deleuze, Mariano Narodowski, entre otros, que realizan aportes relevantes para el debate y discernimiento actual de las diferentes situaciones por las que atraviesan los niños, en concurso con la actuación de los adultos que representan las instituciones sociales convocadas alrededor de la infancia, todo esto con la intención de realizar una producción académica que permita repensar y problematizar la real participación social de los niños desde su génesis en las relaciones con los adultos.

3. Fuentes

Se citan 48 referencias bibliográficas, dos de ellas electrónicas.


4. Contenidos

La investigación se articula en tres capítulos, el primero, *La comprensión occidental de las relaciones adulto-niño desde los antagonismos entre el mito griego Apolo-Dionisio*, muestra el contexto general desde la simbología del mito y la explicación breve de su presencia en las relaciones adulto-niño, a través de los momentos históricos por las que ha transcurrido la humanidad hasta la Modernidad.

En el segundo capítulo, *La sociedad contemporánea: una posibilidad para el eterno retorno de Dionisio*, se argumenta la emergencia de las nuevas narrativas y concepciones de la sociedad actual y con ello el retorno del espíritu Dionisiaco que cuestiona la visión apolineocentrista hasta ahora predominante, lo que se refleja en el origen de renovados discursos hacia la infancia, desde el ámbito jurídico, político y social.

Se considera cómo las infancias contemporáneas ponen en crisis a la infancia de la Modernidad, lo que implica replantear los dogmas de las instituciones tradicionales, en concurso con la consolidación de los nuevos avances en las Tecnologías de la Información y Comunicación TIC's, dentro de un mundo globalizado y una sociedad capitalista.

En el tercer y último capítulo, *El reencuentro entre Apolo y Dionisio: Resignificación de las relaciones adulto-niño*, a manera de conclusión y aporte de esta investigación, se aboga desde la tesis Nietzscheana por la integración de la visión Apolínea y Dionisiaca que promueva la vida, las relaciones mutuales adulto-niño, a través de la transmutación de todas las creencias y valores, en sintonía con el eterno retorno y con

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Facultad de Pedagogía</i>	FORMATO	
	<i>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</i>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 4 de 5	

la voluntad de poder para llegar a la realización del superhombre.


5. Conclusiones

Las conclusiones a las que llega esta investigación permiten establecer como las estructuras de poder *apolineocentristas* presentes a lo largo de la historia de la humanidad hasta la Modernidad, limitaron la posibilidad de comprensiones diversas e incluyentes con relación al reconocimiento del niño como persona, con capacidades y desarrollos propios; a semejanza de lo Nietzsche sugiere que ha pasado con Dionisio, el niño ha permanecido postergado tras la luminosa apariencia de *Apolo*, que ciega otras posibilidades de “ver”, de percibir y discernir la realidad social más allá de los dogmas establecidos por los adultos. Motivo por el cual el niño se ha visto sujetado a los mecanismos de dominación y control de cada época como “*Juegos de verdad*”, que representan sometimiento a sistemas o imperativos, que instituidos por encima de la vida misma.

Este tercer sentimiento, ha empezado un proceso lento de transformación en las concepciones e interacciones con la infancia, que hasta ahora eran representativos de las cosmovisiones adultas, pero entre el discurso que las legaliza y las prácticas que las legitiman se mantiene una brecha que en la realidad social se traduce en la prevalencia del principio de legalidad, sobre el de oportunidad, ante lo cual se propone que para seguir avanzando en este reconocimiento del niño, se debe fortalecer no solamente las nuevas concepciones sino también las comprensión acerca del él que lo constituyen como alteridad frente al adulto.

Es entonces menester desde esta propuesta, trabajar a partir de las creencias que a lo largo de la historia se han ido entretejiendo con relación al niño y que aún se conservan en los imaginarios de los adultos, a partir de las cuales se pueda propiciar un espacio intermedio como manifestación de la *voluntad de poder* que invoque el *pensamiento del eterno retorno* para volver a pensar sobre lo vivido, sobre lo presente y para resignificar estas experiencias en favor de una actitud profunda y transformadora de las relaciones consigo mismo y con el otro.

A manera de analogía con las metáforas nietzscheanas en este espacio intermedio de las creencias, el hombre podría alcanzar su trasmutación final simbolizado en el niño, y alcanzar la realización plena de su

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Educación de Profesores</i>	FORMATO	
	<i>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</i>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 5 de 5	

espíritu. Con esta trasmutación, el adulto rescata su esencia dionisiaca y la ubica al mismo nivel que la Apolínea, con el propósito de lograr una armonía entre sus pensamientos, emociones y actuaciones, ese *Uno Primordial*, en el que la vida es juego y arte, en el que lo apolíneo se funde con el proceso artístico y lúdico que es lo dionisiaco y en el que se originen renovadas formas de interacción adulto-niño, en las que el adulto pueda identificar lo que corresponde desanimar o animar en los procesos de formación del niño, pero no tratar de doblegar su natural esencia como en las épocas anteriores.

Elaborado por:	María Cristina Corrales Mejía
Revisado por:	Juan Carlos Garzón Rodríguez

Fecha de elaboración del Resumen:	04	Nov.	2014
--	----	------	------

CONTENIDO

<u>PREÁMBULO</u>	11
<u>INTRODUCCIÓN</u>	15
<u>LA COMPRENSIÓN OCCIDENTAL DE LAS RELACIONES ADULTO-NIÑO DESDE LOS ANTAGONISMOS ENTRE EL MITO GRIEGO APOLO-DIONISIO</u>	18
EL SURGIMIENTO DE LA VISIÓN APOLINEOCENTRICA DEL MUNDO	18
LA DEGRADACIÓN DEL NIÑO POR EL DERECHO	25
IDOLATRÍA, INFANTICIDIO Y PECADO PROLONGAN EL PODER DE APOLO	27
EL RESCATE DE LA INFANCIA DESDE EL SENTIMIENTO	30
<u>LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA: UNA POSIBILIDAD PARA EL ETERNO RETORNO DE DIONISIO</u>	40
SEGUIR SOÑANDO, SABIENDO QUE SE SUEÑA...	41
EL ETERNO RETORNO DEL DIOS	44
EL TERCER SENTIMIENTO HACIA LA INFANCIA	48
DIONISIO EN MEDIO DE LAS APORIAS CONTEMPORANEAS	55
<u>EL REENCUENTRO ENTRE APOLO Y DIONISIO: RESIGNIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ADULTO-NIÑO EN LA VIDA COTIDIANA</u>	67
EL MITO EN LA VIDA COTIDIANA: CREENCIA Y RESIGNIFICACIÓN	68
EL DITIRAMBO	72
EMPEZAR... SIGUIENDO	74
<u>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</u>	79

PREÁMBULO

*Por muchos caminos diferentes y
de múltiples modos llegué yo a mi verdad;
no por una única escala ascendí hasta la altura
desde donde mis ojos recorren el mundo.*

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra (2012)

La presente es una investigación de orden documental, que surge del interés de su autora durante los últimos años, enfocado en primera instancia a profundizar acerca de los contextos históricos, sociales, culturales, así como las naturalezas que han mediado la construcción de las interacciones adulto-niño y que se reflejan en la cotidianidad de las dinámicas sociales y, en segunda instancia, sobre la importancia, significado y función de las creencias y tradiciones a modo de preceptores de las vivencias del hombre, que suponen una compleja relación entre su yo y el mundo, al tiempo que se van configurando uno a otro en un espacio inagotable de comprensiones y sentidos de la realidad que los incumbe.

De esta manera, después de emprender un camino de lecturas, disertaciones, e incluso confusiones con respecto a la forma de abordar la temática, se encuentra el mito griego de Apolo y de Dionisio, dioses que a través de sus epopeyas relatan dos maneras distintas de concebir el mundo y que dadas sus características particulares, como se argumentará en el desarrollo de la investigación, bien pueden asemejarse a las visiones que poseen el adulto y el niño; motivo por lo cual el mito apolíneo y dionisiaco, será reinterpretado a la luz de una nueva narrativa que servirá como explicación para develar intenciones, significados, conexiones y contextos de las relaciones adulto-niño.

Es en estos mitos, donde ha tenido cabida esta analogía, pues lo que se tratará será una inteligibilidad de sus leyendas y de las concepciones que con base en ellas se han ido forjando en la humanidad, a modo de pasado reapropiados en la comprensión. Comprender no significa sin más aceptar el conocimiento establecido, sino desentrañar originariamente lo que es comprendido en términos de la situación más propia y bajo el prisma de esa misma situación.

Teniendo en cuenta lo anterior, se hace necesario realizar unas consideraciones generales acerca de la investigación que orienten unas claves para su lectura y entendimiento, ya que si bien es cierto, ésta no sigue el canon clásico de presentación de un trabajo de investigación, si considera una ruta metodológica y un marco de referencia que retoma elementos filosóficos y de reflexión con trasfondo histórico y cultural, que da cuenta de la manera en que se han venido estableciendo las relaciones entre los adultos y los niños, a partir de la siguiente pregunta:

¿Cómo han incidido las concepciones epistémicas desde lo apolíneo y lo dionisiaco, en la construcción de las interacciones en la vida cotidiana adulto – niño?

Se considera entonces la hipótesis que la racionalidad “*Apolineocéntrica*”¹ de occidente, se corresponde con la mirada adultocéntrica del mundo, marginando la dimensión y manifestación del niño y de la infancia en la vida y en las dinámicas sociales.

El objetivo general busca interpretar los fenómenos y manifestaciones de las concepciones epistémicas desde lo apolíneo y lo dionisiaco en la construcción de las interacciones en la vida cotidiana adulto-niño, tras el cual se desprende los propósitos de descubrir la manera como de la Antigüedad a la Modernidad, se ha venido construyendo el pensamiento occidental sobre el que se fundamentan estas relaciones; analizar las posibilidades emergentes de estas relaciones en el marco de la sociedad contemporánea y finalmente proponer alternativas para la integración de estas dos concepciones epistémicas, en beneficio de la construcción de relaciones recíprocas entre adultos y niños.

¹ Término acuñado en esta investigación para indicar la cosmovisión adulta, caracterizada por la centralidad de la racionalidad apolínea en la construcción del mundo y de la realidad occidental, que ha dejado marginada la visión y comprensión del mundo de y desde la infancia.

Como marco de referencia central y conductor de la investigación, se asume la interpretación nietzscheana del mito griego relacionado con Apolo y Dionisio que permea la obra del filósofo alemán en varios de sus textos, principalmente en *El Nacimiento de la Tragedia* y en *El Ocaso de los Ídolos*, por cuanto este pensador se ha convertido en el oráculo más reciente para mostrar a los hombres, cómo en la tragedia, que es la propia vida, convergen dos fuerzas, la apolínea y la dionisiaca, formas distintas pero complementarias e irreductibles de comprender las tensiones de la experiencia vital y sus modos de expresión de la voluntad y de transformación de la realidad, cimentada en la transvaloración de todos los valores.

Así mismo, la construcción hermenéutica que inspira esta investigación, intentará rescatar desde la comprensión nietzscheana, los modos como los griegos concibieron y manifestaron el mundo a través de los mitos de Apolo y Dionisio; concepciones y manifestaciones que perduran hasta nuestro días y a través de las cuales, se despejan posibilidades de discernimiento de las actitudes humanas que han mediado las tensiones y dinámicas que se entretajan en las interacciones cotidianas entre niños y adultos.

Desde las provisiones propias de esta construcción hermenéutica y el influjo nietzscheano, es aceptado que el mundo no está constituido por hechos, sino tan solo por interpretaciones, por las necesidades vitales del hombre, que a su vez figuran cargadas de historia y de lenguaje, de manera que lo que parece un objeto es el resultado de interpretaciones de las cuales sólo en mínima parte se es conscientes (Ferraris, 1998, p. 25). Así, las relaciones entre adultos y niños hacen parte de esta historia y de este lenguaje, no como un hecho acabado y objetivado, sino como una realidad en continuo cambio que requiere una permanente interpretación y contextualización.

En esta dinámica, las propuestas nietzscheanas, se pondrán en permanente diálogo con las indagaciones y análisis de autores como Phillipe Ariès, Buenaventura Delgado, Eduardo Bustelo, Sandra Carli, Valeria Llobet, Cristina Corea, Michael Foucault, Gilles Deleuze, Mariano Narodowski, entre otros, que realizan aportes relevantes para el debate y discernimiento actual de las diferentes situaciones por las que atraviesan los niños, en concurso con la

actuación de los adultos que representan las instituciones sociales convocadas alrededor de la infancia, todo esto con la intención de realizar una producción académica que permita repensar y problematizar la real participación social de los niños desde su génesis en las relaciones con los adultos.

INTRODUCCIÓN

Yo no creería más que en un dios que supiese bailar.

Friedrich Nietzsche

Así habló Zaratustra (2012)

Esta investigación sostiene que las interacciones entre los adultos y los niños han estado mediadas por la cosmovisión heredada del mundo griego, fundamentalmente como lo sugiere Nietzsche (2010), por la visión del “Ojo Ciclópeo de Sócrates”, quien posiciona la razón, el logos, personificado en el mito del dios Apolo, en el más alto rango del legado de una perspectiva reflexiva y teórica de la vida y del hombre. Visión que a lo largo de la historia, se ha constituido en el elemento fundante para la comprensión y construcción epistémica del mundo occidental, ocultando “lo natural, el juego, el instinto primaveral”, que simboliza el mito del dios Dionisio.

Sin fantasía, imaginación, creatividad e intuición no hay sueños, ni fuerza vital, ni entusiasmo, ni infancia, ni niños, ni mitos para explicarnos el mundo: orígenes, causas, desarrollos o entendimientos sobre las diversas situaciones de la vida individual y social. En consecuencia, es fruto de esta fantasía e imaginación ingenua el que en esta tesis se retomen los mitos de estos dos dioses, para hacer desde ellos un discernimiento acerca de las interacciones entre niños y adultos.

Se caminará entonces con equipaje ligero, autónomo, si se quiere particular, al fin de cuentas frágil, que no obstante, llevará a buen puerto. La beligerancia y la armadura, la guerra y la fuerza han quedado para éste caso, condenadas a su propia extinción, en espera del rescate sensible y emocional de la auténtica fuerza de lo humano. Las pretensiones de restablecer el

orden permanecen en la orilla, mientras la comprensión sigue navegando por los deseos y pasiones que alimentan y sostienen la inquietud de esta propuesta.

En este sentido, la presente investigación entenderá las interacciones como las relaciones entre los sujetos y los grupos sociales y etarios; el adulto como representante de su unidad básica y la intervención de la institucionalidad, mientras que el niño como alegoría de la infancia en general; la infancia a su vez distinguida como la condición común al conjunto de individuos que se encuentran por debajo de una determinada edad, construida socialmente frente al hecho de ser niño/a, en un momento histórico y en una sociedad determinados (Gaitán, 2006).

Sobre esta aclaración, se articulan tres capítulos. El primero, *La comprensión occidental de las relaciones adulto-niño desde los antagonismos entre el mito griego Apolo-Dionisio*, mostrará el contexto partiendo del principio y simbología del mito y explicará brevemente su presencia desde los momentos históricos por las que transcurrió la humanidad hasta la Modernidad, en los cuales se establecieron unas construcciones epistémicas y unos valores particulares en torno a la concepción de la infancia, que se traslucen en la manera cómo se han suscitado las relaciones adulto-niño, sus continuos, tensiones y virajes, en las diferentes épocas.

Bajo este panorama, en el segundo capítulo, *La sociedad contemporánea: una posibilidad para el eterno retorno de Dionisio*, se argumenta la emergencia de las nuevas narrativas y discursos en la sociedad actual, que obligan a repensar al hombre desde su esencia misma, dándole la probabilidad de recobrar el éxtasis de la vida y con ello el retorno del espíritu dionisiaco que cuestiona la visión apolineocéntrica hasta ahora predominante.

Como resultado de lo anterior, se generan otros discursos hacia la infancia, desde el ámbito jurídico, político y social, los cuales se enmarcan dentro de las propuestas de la Convención Internacional de los Derechos del Niño – CIDN y el reconocimiento de las diferentes condiciones en que se desarrolla y por consiguiente, la declaración no de una única infancia, sino de múltiples infancias que se visibilizan en la realidad social y en lo social de la realidad.

Se considera en este capítulo, cómo las infancias contemporáneas ponen en crisis a la infancia de la modernidad, lo que implica analizar las teleologías y dogmas de las instituciones tradicionales - el Estado, la Familia y la Escuela -, en concurso con la consolidación de los nuevos avances en las Tecnologías de la Información y Comunicación TIC, dentro de una sociedad capitalista, que instaure nuevas configuraciones de subjetividades e identidades, bajo estructuras de racionalidad y poder a las que no son ajenos los niños.

En el tercer capítulo, *El reencuentro entre Apolo y Dionisio: Resignificación de las relaciones adulto-niño*, a manera de conclusión y aporte de esta investigación, se aboga desde la disertación nietzscheana por la integración de la visión apolínea y dionisiaca que promueve la vida a través de la transmutación de las creencias y valores absolutos, en sintonía con el *Eterno Retorno* y con la *Voluntad de Poder*, dando como resultado un nuevo hombre que entraña al niño, para relacionarse de una manera renovada con él; este niño, ejemplo perfecto de *superhombre* según el filósofo, que ama la vida y disfruta plenamente de ella, será quien en adelante oriente el sentido de las relaciones adulto-niño y por consiguiente la construcción de relaciones simétricas y recíprocas entre los dos.

LA COMPRENSIÓN OCCIDENTAL DE LAS RELACIONES ADULTO-NIÑO DESDE LOS ANTAGONISMOS ENTRE EL MITO GRIEGO APOLO-DIONISIO

¿Es que un dios nos ha sustraído secretamente algo mientras dormíamos?

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra (2012)

Este capítulo retoma los momentos históricos de la humanidad sin la pretensión de hacer la historia por la historia, sino de descubrir la manera cómo en diferentes épocas se ha venido construyendo el pensamiento occidental y cuál ha sido su constante desde la Antigüedad a la Modernidad. En él se plantea la génesis de este pensamiento enraizado en una particular cosmovisión que emerge de la mítica diada Apolo-Dionisio, origen que en perspectiva, ha orientado las concepciones, costumbres y tradiciones, presentes en las miradas y lecturas, dadas a través del tiempo a la infancia y reflejadas en general en las interacciones adulto-niño.

EL SURGIMIENTO DE LA VISIÓN APOLINEOCENTRICA DEL MUNDO

Las comprensiones y representaciones que del mundo tenían los antiguos griegos, se expresan en gran medida en las narrativas que en su devenir histórico enseñan la búsqueda de lo más originario, lo más radical, que podrá establecerse como el punto de partida de los modos reales en que se relacionan los hombres entre sí, los hombres con los dioses y los hombres con el mundo. De estas narrativas nutridas de amplia creatividad, aparecen los mitos de dioses como Zeus, Hera, Poseidón, Dionisio, Afrodita, Apolo, Hares, quienes a través de sus hazañas, enuncian sus circunstancias hiladas en el mundo de las ideas, arquetipos y realidades esenciales.

Entre los mitos de los dioses del Olimpo, el de Apolo y el de Dionisio son particularmente analizados por Nietzsche y retomados en esta tesis, para realizar una

hermenéutica de las concepciones griegas del mundo y de la realidad, con el fin de resaltar algunas perspectivas epistémicas enlazadas con un momento histórico significativo, que pudo ser el comienzo de las condiciones y tensiones sobre las que se han venido construyendo desde entonces en nuestra cultura, las interacciones adulto-niño.

Antes de adentrarnos en estas perspectivas, es importante recordar ciertos episodios de los mitos de Apolo y de Dionisio, que encarnan los significados y símbolos sobre los cuales los griegos establecieron y proyectaron su cosmovisión particular y que servirán a esta investigación para caracterizar lo propio de lo adulto y lo característico de la actitud infantil:

Apolo hijo de Zeus y Leto, es el dios más respetado y adorado después de Zeus, patrono del Oráculo de Delfos y adalid de las Musas, se asemeja con el sol, la luz, la verdad, la perfección, el equilibrio, la moral, la sabiduría y la razón. Es temido y respetado por los otros dioses, venerado como el “Conductor” cuyo culto se difunde por toda Grecia.

Apolo da a la cultura griega de manera global su carácter peculiar, abarcando tanto el ámbito estatal como el privado, intercesor en la purificación de los hombres, legislador de las religiones y los estatutos de las ciudades; considerado el dios de las artes, pero también de las pestes, de la enfermedad y la muerte súbita; excelente interprete de la lira e inigualable con el arco y la flecha. No obstante, el dios del arco es peligroso: con la ayuda de Artemis, mata sin compasión a todos los hijos de Niobe, quien había alardeado de su abundante descendencia ofendiendo a Leto, pero así como mata, tiene también la facultad de curar y proteger a los humanos de las influencias del averno.

De esta actitud apolínea emerge una ética de lo “humano”, más cercana ciertamente al pesimismo que a un programa para su progreso, el dios queda entonces apartado de toda humanidad y los hombres que tienen presente a este dios en la conciencia de su propia desgracia, se aventuran a algo superior, sin el reconocimiento de los límites y ambivalencias que la mentalidad apolínea les ofrece (Burkert, 2007).

Por sus características y atributos asociados al orden, a la fuerza, a la razón y a la verdad, en esta investigación Apolo se relacionará con la cosmovisión adulta del mundo; el apolineocentrismo, que señala el deber ser, la conciencia, la lógica y la autoridad sobre el niño.

Por su parte Dionisio, es hijo de Zeus y la mortal Sêmele, tiene un nacimiento poco común: Zeus ama a Sêmele pero la fulmina con su rayo, el niño que estaba en el vientre de su madre también hubiera muerto, si no fuera porque Gea – la diosa de la tierra – lo envuelve con una tupida hiedra fresca y húmeda que lo protege de las llamas. Zeus recoge a su hijo para quien aún no había llegado el momento de nacer y lo introduce en su muslo, dándole un vientre “materno masculino” hasta que su tiempo fue cumplido.

Por tener un doble nacimiento, este dios tiene el apelativo de “Ditirambo”, que significa el dos veces nacido, su crianza le fue encargada a Hermes – dios del ingenio y de la astucia -, Dionisio significa incierto y es asociado con el éxtasis, lo natural, el juego, la vida, el instinto primaveral, el olvido de sí propio de la embriaguez, que no siempre está relacionada con el alcohol y puede ser independiente de ella, por lo que también es conocido como el dios “libertador”. Por la acción de Gea su símbolo es la hiedra verde, siempre verde más allá de las estaciones, y su tributo el tirso, una vara con hiedra entrelazada que termina con una piña de pino cargada de semillas, símbolo de la fecundidad y la abundancia de la vida (Burkert, 2007).

Estas cualidades nos permiten vincular a Dionisio con las estructuras epistémicas de los niños, en quienes florece la vida, la sensibilidad, la inquietud y el juego como experiencia de encuentro auténtico con la realidad, en quienes se encuentra la posibilidad de emancipación del hombre.

En el sentido originario griego, no hay clara evidencia que señale la rivalidad de estas dos divinidades como expresiones que nacen de una misma fuente, los dos se complementan de manera armónica, cada uno tiene su lugar sin que por ello se vea opacado el otro, los dos habitan en un mismo espacio: la intimidad del Ser.

Cabe comentar algunos rasgos que Nietzsche atribuye a cada uno de estos dioses y a través de ello, ampliar las motivaciones que inducen a identificar a Apolo con la racionalidad adultocéntrica mientras que a Dionisio con la niñez y la infancia: en efecto, Apolo y Dionisio son para Nietzsche en el *Nacimiento de la Tragedia* (2009), la relación de fuerzas que habita en el interior del individuo, por tanto, la cultura humana es producto del juego dialéctico de estos dos impulsos que él compara con los estados del sueño, en los que domina el mundo interno de la fantasía, donde se encuentra la verdad superior y la perfección, la embriaguez propia de las emociones intensas y de la vida misma. En este discernimiento, Apolo es el dios profeta

Él, que es, según su raíz, «el Resplandeciente», domina la bella apariencia del mundo interno de la fantasía y el conocimiento verdadero; la perfección propia de estos estados, que contrasta con la sólo fragmentariamente inteligible realidad diurna, y además la profunda consciencia de que en el dormir y el soñar la naturaleza produce unos efectos salvadores y auxiliares (Nietzsche, 2009, p. 44).

Sin embargo, continúa expresando el filósofo, que sobrepasar la delicada frontera de la imagen onírica puede producir un efecto patológico, pues entonces la apariencia no sólo engaña, sino que embauca y se presenta como una “burda realidad”. Esta descripción es elocuente en cuanto permite asociar las cualidades de Apolo con las del adulto, en tanto él puede prefigurar, engañar, tergiversar y establecer estas confusiones como realidades, sobre las cuales se construye el mundo en el que han de vivir los niños.

Dionisio es el “éxtasis delicioso de la vida” que asciende desde el fondo más íntimo del ser humano y de la misma naturaleza. Su analogía con la embriaguez es la que más lo acerca a nosotros, bien sea por el influjo de la bebida narcótica, pero primordialmente por la aproximación poderosa de la primavera, que impregna placenteramente todo el ambiente, que despierta las emociones intensas del hombre hasta llegar al completo olvido de sí.

Este dios, se encuentra ligado a la voluntad de poder, a la fuerza de la vida. Con el espíritu Dionisiaco el hombre “se siente Dios, él mismo camina ahora tan extático y realizado como veía

caminar a los dioses en los sueños, el hombre no es ya artista, se ha convertido en obra de arte” (Nietzsche, 2009, pp.45-46). Este retrato Nietzscheano de Dionisio, al que no es necesario agregarle argumentos, permite una asimilación casi idéntica a lo que se podría definir como el espíritu propio de los niños.

Para Nietzsche, Apolo es lo individual y Dionisio lo colectivo, lo dionisiaco es la base y el soporte de todo lo apolíneo. Lo apolíneo reduce las apariencias a la forma, mientras lo dionisiaco va más allá, transformando las apariencias en símbolos, en “signos de verdad”, que conduce a la naturaleza propia de las cosas. La esencia del mundo griego radica en la armonía de ambos espíritus, quienes “por un milagroso acto metafísico de la «voluntad» helénica, se muestran apareados entre sí, y en ese apareamiento acaban engendrando la obra de arte a la vez dionisiaca y apolínea de la tragedia ática” (Nietzsche, 2009, p. 42), el origen entonces de la propuesta estética de la tragedia griega logra encauzar la potencia de las dos divinidades.

...el entusiasta dionisiaco se ve a sí mismo como sátiro, y como sátiro ve también al dios, es decir, ve, en su transformación, una nueva visión fuera de sí, como consumación apolínea de su estado. Con esta nueva visión queda completo el drama.

De acuerdo con este conocimiento, hemos de concebir la tragedia griega como un coro dionisiaco que una y otra vez se descarga en un mundo apolíneo de imágenes (Nietzsche, 2009, pp. 86-87).

La presencia y adoración de Apolo y Dionisio, se mantiene hasta el descenso del mundo griego a partir de la derrota ateniense, cuando se crean y se recrean otras narrativas, construidas posiblemente como estrategia de supervivencia y comprensión de su nueva realidad. En estas narrativas, los dioses son sucedidos por varias leyendas representadas en diferentes héroes, seres mortales con parientes divinos, grandes hombres que a imagen de Apolo, mostraban su capacidad para la guerra con el enemigo, para servir a la conquista de la tierra, el mar, la mercancía y el comercio.

Los héroes plasmados entre otros textos del Ciclo Troyano, en los cantos épicos de Homero: La Ilíada y la Odisea, se constituyen en la representación humana de los dioses, quienes debían prolongarse de alguna forma para la veneración y el temor en su cercanía a los hombres, con el propósito de perpetuar los significados eternos a través del ejemplo y consumir en una nueva construcción humana de valores desde la poesía, los instintos, los sentidos, la libertad, la creatividad, la autonomía y el ingenio.

Entre la decadencia de la Polis y la valentía de los héroes, como lo señala Agustín Izquierdo prologando a Nietzsche en el Crepúsculo de los Ídolos (2010), aparece Sócrates, quien en aras de la conservación de la propia cultura, se presenta como un salvador o redentor al ofrecer una solución a la posible ruina del legado griego por los sentidos, pasiones y emociones. La solución consistía en encontrar algo que dominase la confusión que ofrece los instintos, que reinase sobre esa maraña convulsa, ese algo fue la razón. La razón patrimonio del mito de Apolo, desde entonces ocuparía el puesto de una tiranía con relación a las pulsiones, que muy pronto fue aceptada por muchos con el fin de encaminar al hombre a ordenarse, concebirse y orientarse conforme a los ideales de la moral homérica.

La potestad de la razón propuesta por Sócrates, elimina primero lo dionisiaco, (léase, la perspectiva del niño) el juego, la risa, la creatividad, la espontaneidad, el alma al tiempo ingenua y pura; por su parte, la armónica y ecuánime apariencia de Apolo (léase, la razón adulta), cubre para siempre el espíritu dionisiaco que testifica la existencia inquieta e ingeniosa. Sócrates encauza la pasión, controla el instinto, domina el querer, escinde la duda, el preguntar, el conocer. La mayéutica socrática se convierte en juegos del lenguaje para la conducción del otro a las tierras del control, de la norma y el orden.

El punto central de la tendencia socrática según lo describe Nietzsche, es el repudio al instinto y con él, el rechazo al arte y a la creatividad, Sócrates acaba con el sentido originario de la tragedia. El instinto se convierte en un crítico y la conciencia en un creador, “- ¡una verdadera monstruosidad *per defectum!*-”, mientras que en la mentalidad dionisiaca, el instinto por el contrario, es asimilado como “la fuerza creadora y afirmativa y la conciencia adopta una actitud crítica y disuasiva” (Nietzsche, 2009, pp. 122-123).

Sócrates, contribuyó a preservar por sobre todo el mito de Apolo, iluminó al hombre con la potente luz de la razón, pero con ello ocultó los sentidos, la espontaneidad y la vivacidad, que son la base de toda acción adecuada y libre de la naturaleza humana. “Resulta necesario declarar que hasta este momento, e incluso por todo el futuro, el influjo de Sócrates se ha extendido sobre la posteridad como una sombra que se hace cada vez mayor en el sol del atardecer.” (Nietzsche, 2009, p.131). Con Sócrates la cultura nace y muere siendo adulta, sin la perspectiva de la curiosidad, exuberancia y proyección de la vida correspondiente con la niñez y con el espíritu dionisiaco que habita en cada hombre.

La sombra de esa razón-apolineocéntrica propuesta por Sócrates, después fortalecida por Platón y transmitida a Aristóteles, se expande hacia occidente como el elemento predominante en la concepción del hombre, más concretamente, como el agente que podría crear una nueva imagen del hombre que tomará las riendas de su propio destino. Discípulo y maestro lograron construir e imponer una tradición filosófica, política y social cuyas características vienen dadas principalmente por la razón, en su consabida “aversión por el cambio y el devenir, pues sólo cree en el ser negando precisamente el devenir por ser y no ser” (Nietzsche, 2010, p.12).

A partir de allí, en la tradición occidental lo que cuenta no es lo que cambia y deviene sino, lo que es, con el estatismo propio de su estar, su permanecer, lo que no muda, lo que no cambia porque así está establecido; lo que conlleva a una ausencia de los instintos más originarios de la naturaleza humana, enalteciendo con ello el logos, la razón, la lógica calculadora, estática y estadística. Sócrates al imponer la doctrina de Apolo, elimina todo lo que con el niño y la infancia se identifica, por considerarlo inferior, caótico y erróneo.

De esta forma, desde los preceptos apolineocéntricos de la Antigua Grecia, el niño debía evitar pensamientos que deformaran el ideal idolátrico y sumiso y en este sentido formarse para el gobierno de los naturales desordenes que reinaban en su cuerpo proclive al instinto. El Estado se constituye en el dueño y señor de su vida, de su educación, que a su vez es tan importante como la seguridad nacional; esta educación es orientada por medio de duras condiciones de subsistencia y pruebas físicas con el propósito de prepararlos para la lid, la resistencia, la destreza y el coraje.

El niño, se entiende desde el servicio que dicho individuo puede prestar a futuro en la construcción de la Polis y por tanto sus conductas están dirigidas a la veneración de los dioses, de los héroes sin infancia, cuyos rasgos y comportamientos deben imitar, de lo contrario podría ser sacrificado o abandonado. Por su parte, las niñas, por ser mujeres, carecen de cualquier derecho, son aisladas y educadas al interior de la casa para ser madres, esposas y administradoras de la economía doméstica (Delgado, 1998)

LA DEGRADACIÓN DEL NIÑO POR EL DERECHO

El poeta griego Hesíodo nos cuenta cómo a la postre, Roma conquistó a Grecia con las armas y Grecia sedujo a Roma con la cultura. Con esta fusión aparece la sociedad latina y se sientan las bases de la cultura occidental en la que surge a similitud de la obras Homéricas, La Eneida de Virgilio que respalda el proyecto político del emperador Augusto y se vuelve a valorar los dioses por sobre los hombres, redimiendo el sentimiento heroico de los personajes que asumen su destino por encima de la voluntad humana.

Como gran aporte de esta sociedad se encuentra el Derecho Romano, en él, los esclavos, las mujeres y los niños, no eran ciudadanos, no tenían ningún derecho. Las mujeres y los niños debían someterse a la autoridad del *paterfamilias*, quien podía aceptar o no al recién nacido, vender al niño como esclavo y ordenar la muerte de los hijos, aún a pesar de la sentencia proclamada por Juvenal “el niño merece el máximo respeto”.

En relación con el niño en la sociedad latina, Delgado (1998), complementa:

La infancia no existió con entidad sustancial, para ellos era una etapa por la que había que pasar con la mayor rapidez posible, apresurándola y sustituyéndola por las pautas de conducta adultas. Para la mayoría, por no decir que para todos los romanos, la infancia era una etapa sin importancia de la vida, que había que superar cuanto antes (p.47).

Continuando con la historiografía de la infancia que realiza este autor, se aprecia como en esta época el niño no existía en la educación, existía el alumno que se debía transformar en adulto precipitadamente. Antes de los 7 años el niño era incapaz de aprender disciplinas, por lo que se confiaba a sus padres y nodrizas; estas ideas fueron imperantes aunque el pedagogo romano Quintiliano, realizó importantes señalamientos acerca de la educación desde el nacimiento hasta la muerte y refirió principios fundamentales para los padres y educadores en relación con el cuidado y formación del niño.

Una vez más, en el panorama de nuestros antecesores se antepone una visión del mundo en la que predomina la mirada y las necesidades de la vida adulta, cristalizadas a través de sus instituciones: el Estado, la Familia y la Educación para las que los niños y la infancia no existen, lo que implica que Apolo prolonga su dominio en la sociedad latina, mientras que la esencia de Dionisio se diluye hasta perderse; con el agravante en este contexto, que el sentido profundo de este dios griego termina pervirtiéndose en su símil romano el dios Baco, quien se corrompe en las orgias y la embriaguez del vino. Lo dionisiaco se reitera entonces asociado a lo bajo, a lo deshonesto, a lo inmoral, si se quiere a lo demoníaco.

Los romanos, retoman el pensamiento aristotélico desde la premisa “todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber” (Aristóteles, 1995, p.35), lo cual ata al ser humano inexorablemente a la razón y a las facultades que de esta provienen. Parafraseando a Nietzsche (2010), de ese modo en nuestra cultura, se adentra la razón privilegiando lo último por primero y lo primero por último, los conceptos universales, se toman como producto de la racionalidad y por ello son los más elevados, y tienen su origen en la razón como lo más alto; lo que en otras palabras implica asumir la adultez como fin último y valor más elevado de la vida del hombre, menospreciando al niño, a la infancia, sólo porque algo tan elevado no puede proceder de lo inferior, a pesar de que su esencia sea el proceso sensible y primario que fundamenta precisamente la vida misma del hombre.

La cultura occidental surge entonces con una fuerte base en el saber racional e intelectual dando origen a las ideas de democracia, arte, teatro, arquitectura, educación, ciencia, etc.; la razón socrática como narrativa y discurso filosófico en asocio con el poder romano será la gran

entidad promotora del espíritu y la moral de occidente, en la que lo infantil, lo dionisiaco, quedará velado, oscurecido, cuando no eliminado.

IDOLATRÍA, INFANTICIDIO Y PECADO PROLONGAN EL PODER DE APOLO

Con el legado anterior inicia y transcurre la Edad Media. Todos los dioses del olimpo son rezagados, sepultados y olvidados excepto Apolo, el dios de la razón, cuyos rastros persisten en la penumbra de nuevos relatos como el judeocristianismo, el cual proporciona los elementos para imponerse con la única idea del “dios salvador”; sumado a esto, se presenta la cristianización que de Aristóteles hace Tomás de Aquino y el rescate del concepto griego de persona, interpretada por Boecio como substancia individual de naturaleza racional.

Con el cristianismo, se instituyen los valores de la moral monoteísta que establece el matrimonio monógamo y reivindica la fecundidad, principalmente porque una familia numerosa, era una familia poderosa que garantizaba la seguridad, la continuidad del apellido y la mano de obra económica a través de la lealtad del vínculo consanguíneo (Ariès, 1987).²

La potestad del *paterfamilias* disminuyó con la reforma del Derecho Romano, pero en esencia la condición de los niños no mejoró, la educación ahora bajo los preceptos apolíneo-cristianos, se dispone a catequizar y calmar la anarquía de los instintos dionisiacos, propios del espíritu infantil; Bien lo señala (Ariès, 1987) “los niños son una de las caras del gran movimiento de la moralización de los hombres promovidas por los reformadores católicos o vinculados a la Iglesia protestante, las leyes o el Estado” (p.5).

Las doctrinas religiosas de la moralización cristiana, intensifican la ruptura entre Apolo y Dionisio al plantear polaridades como el bien y el mal, el deber y la culpa, la gracia y el pecado, entre otras comprensiones de la realidad y la naturaleza humana, que parten de su misma negación. El hombre debe buscar la gracia divina, debe expiar sus pecados y servir a quien se sacrificó por él, al dueño de la vida, su redentor: el dios de Jerusalén... “el acreedor

² El autor fundamenta su trabajo principalmente en una revisión de las fuentes iconográficas a través de la historia, y aunque su análisis ha tenido muchas interpelaciones principalmente desde el abordaje metodológico, sus aportes a la genealogía de la infancia han sido relevantes; indudablemente, marcaron un hito en las investigaciones, análisis y reflexiones relacionadas con la construcción socio-cultural de la infancia.

sacrificándose por su deudor, por amor (¿quién lo creería?), ¡por amor a su deudor!” (Nietzsche, 1984, p.105).

Los relatos bíblicos sustituyen a los cantos épicos de las épocas anteriores, en ellos se narra la grandeza de dios, la verdad, el bien y el mal, se señalan los 10 Mandamientos que se constituyen en referentes externos del hombre para orientar su vida con el propósito único de agradar a su dios. El papa Clemente Romano, después de la muerte de Pablo, escribió a los cristianos de Corinto una carta en la que les habla de la *Paideia de Dios* que invita a educar a los niños, al modo de educar divino, que castiga al pecador con el fin que vuelva al buen camino (Delgado, 1998, p.53).

El dios cristiano es el dios del temor y la culpa, otra manifestación de la razón apolínea, sus santos apóstoles y representantes en la tierra, los nuevos héroes, imponen orden y control sobre las pasiones, libran del pecado y protegen del mal; este dios, que inspira al nuevo héroe humano, representa para él, como lo diría Nietzsche, un “ideal ascético” que conlleva a un “nihilismo suicida” devorador de la vida, un nihilismo que refleja la decadencia de la persona. La voluntad del hombre, recibe su orientación de este ideal ascético, que expresa

...ese odio contra lo humano, más aún, contra lo animal, más aún, contra lo material, esa repugnancia ante los sentidos, ante la razón misma, el miedo a la felicidad y a la belleza, ese anhelo de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, anhelo mismo ¡todo eso significa, atrevámonos a comprenderlo, una voluntad de la nada, una aversión contra la vida, un rechazo de los presupuestos más fundamentales de la vida, pero es, y no deja de ser, una voluntad! (Nietzsche, 1984, pp. 185-186).

El modelo de hombre del cristianismo “a imagen y semejanza de dios”, es ahora el referente imperante tras el que se debe formar al niño desde su nacimiento, para alejarlo de la maldad y el pecado, por lo que muchos de sus comportamientos habituales y cotidianos, se explicaban desde dogmas de fe y supersticiones; por ejemplo se tenía la creencia que si el niño lloraba mucho era porque se encontraba poseído o estaba en grave pecado, por lo cual

tempranamente se encauzaban sus instintos y necesidades, antes que cualquier otra cosa, a la obediencia cristiana; obediencia que reprime sus sentidos, que va en contra de su natural esencia dionisiaca.

Paradójicamente, desde estas creencias la condición del pecado es inherente a la vida, el niño inocente carga la culpa de la muerte de su salvador, nace con pecado original, del cual puede ser liberado gracias al sacramento del bautizo, de lo contrario permanece en pecado mortal cerca al demonio y la perdición. Hasta los 7 años el niño no tiene “uso de razón”, esto lo exime inicialmente del pecado, pero a partir de esa edad por “entrar” precisamente en “uso de razón” se convierte en un pecador. La expiación de sus culpas y su miserable condición humana, no tiene escapatoria...

La educación estaba delimitada para los niños, tenían adiestramientos determinados dados por el oficio de sus padres o por el estatus social. Muchas familias entregaban a sus hijos a monasterios o conventos, con el fin que fueran educados como futuros clérigos, uno de los cargos más notables de la época. Las niñas, además por ser mujeres, ni siquiera se nombraban, carecían totalmente de importancia, los historiadores no encuentran mayor información sobre ellas (Delgado, 1998).

Durante la edad media, fue muy común el infanticidio debido a abortos por hijos indeseados, producto de relaciones extramatrimoniales o de madres solteras que ocultaban su embarazo; así mismo, de niños con deformidades físicas o minusvalías, cuyo nacimiento en estas condiciones, se asociaba a un castigo de dios ante el pecado sexual de sus padres; el niño se convertía entonces en una vergüenza y en una carga muy pesada que era preferible eliminar. La iglesia y el Estado, condenan severamente estas prácticas por considerar que no permitían el bautizo, ni la salvación de las almas, por lo que finalizando esta época, se inicia el abandono de niños en iglesias y calles y la creación de hospicios para su albergue. (Ariès, 1987)

En las representaciones pictóricas, los niños se muestran como “adultos en miniatura”, sus trajes no se diferencian al de los adultos, lo que permitió establecer a Ariès (1987), el anonimato e indiferencia que persistía con relación al niño, también en este periodo histórico. Aunque

existía el niño, no era percibido como una categoría específica y diferente a la adulta, el periodo de la infancia era corto y caracterizado esencialmente por la dependencia física, que rápidamente se superaba en tanto éste pudiera valerse mínimamente por si solo y empezará su socialización con el mundo adulto a partir de la introyección de un conjunto de normas, costumbres, simbolismo, valores, creencias, etc., transmitidos a través de los procesos de culturización predominantes.

EL RESCATE DE LA INFANCIA DESDE EL SENTIMIENTO

En este periodo la racionalidad apolineocéntrica continúa con nueva fuerza e ímpetu, aunque con asomos diferentes, irrumpe bajo las búsquedas de restablecer a la humanidad del absolutismo del poder y los valores que fomentó la religión durante la Edad Media. En contraste, florece una filosofía progresista, cuya materia prima es el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales enmarcadas en la idea de un gran Proyecto Colectivo³ de renovación y cambio, y el amparo de valores seculares como la libertad, la igualdad y la fraternidad, conquistados desde la Revolución Francesa.

Lo anterior se trasluce en una episteme fundamentada en la heteronomía y la razón (de los adultos), la certeza y el orden (del sistema social). El pensamiento con el que se abre este periodo, el de la Ilustración, fue un pensamiento burgués, que pretendía tener a los más pobres y a los niños en la ignorancia. Kant (2004) en su texto *¿Qué es la Ilustración?*, proclama que la razón nos hará libres... el uso de la razón es la mayoría de edad... Por cuanto la libertad y la razón del hombre no son cualidades propias de la niñez.

En los preludios de esta época, la infancia aún no era figura de importancia en el panorama social. Prosiguió la gran mortalidad y abandono de niños en las iglesias y calles

³ El gran proyecto colectivo de la modernidad según García Canclini (2001), se fundamentó en cuatro aspectos: la emancipación que implica la secularización de las ciencias y el arte; la producción y transmisión del conocimiento, así como su aplicación a la técnica y al desarrollo industrial; la renovación que conlleva la constante innovación a las ciencias, al arte y a los productos de consumo y la democratización que implica la difusión extendida de los saberes para lograr una evolución racional y moral.

Estas tendencias se enfocaron desde una perspectiva capitalista, solamente acorde con los adelantos estructurales y organizativos de los sistemas económicos y sociales, que centraban su poderío en algunos grupos, sobre la exploración de recursos naturales y humanos, para obtener niveles más altos de productividad, ocasionando conflictos económicos entre los países con mayores grados de industrialización, y subordinación de aquellos que no habían alcanzado estos estándares.

europeas, los desamparados, tenían escaso acceso a la educación y eran incorporados a la vida laboral a partir de los 10 años.

Empero, durante el siglo XVII, debido a que aún permanecía la cristianización de las costumbres, la vida del niño cobra otro sentido: aunque no se empieza a concebir desde sí mismo, si se representa en la esfera social como metáfora del niño Jesús, por tanto a imagen de la infancia de su creador, se piensa como un ser con alma. Ariès (1987), describe cómo a través de la iconografía y el arte de este siglo, se vislumbra la aparición de “una nueva sensibilidad” que concede a esos seres frágiles e intimidados una característica que se ignoraba antes de reconocérsela: el alma del niño también es inmortal. Esta sensibilidad es considerada por el autor, como el “*Primer Sentimiento hacia la infancia*”, que todavía se encuentra muy distante de permitirle la expresión de su naturaleza divina.

A finales de este mismo siglo, se presentan otros acontecimientos importantes tras los que persiste esa mirada inusual hacia el niño:

La publicación del *El Emilio o De la Educación* de J.J. Rousseau (2005), tratado por demás contradictorio, en el que por una parte el autor precisa que la infancia tiene unos modos de ver, pensar y sentir particulares y diferentes al de los adultos, pero por otra, es enfático en que la educación moral de los niños se realice teniendo en cuenta la enseñanza de la represión y el control de las pasiones.

Así mismo, se acomodan teorías y estructuras educativas en las que se involucra con especial relevancia al niño, aunque estas insisten en direccionar su formación con rigor y vigilancia, debido a que todavía permanece la concepción del sujeto pasivo que necesita disciplina para llegar a ser un hombre recto y un buen ciudadano.

La apertura de instituciones religiosas orientadas a la educación básica de la infancia y la juventud, aunque ya no con fines clericales, siguieron planeadas desde la racionalidad de los adultos, considerando dar respuesta a las nuevas formas de distribución del poder y del capital.

El Emilio se inscribe en esta perspectiva de disciplina interior, de interiorización de las normas, y su aparición no habría sido posible sin la existencia previa de teorías educativas de los humanistas y moralistas y muy especialmente sin las prácticas educativas que se aplicaron y afinaron progresivamente en los colegios de jesuitas que condujeron a la institución de la infancia como clase de edad específica. Rousseau publica en 1762 no sólo el Emilio sino también el Contrato social; ambas obras constituyen las dos caras de una misma moneda: el nuevo orden social del contrato exige un nuevo tipo de súbdito, el ciudadano, producto en gran parte de la nueva educación (Álzate, 2003, p.48).

Por este mismo periodo, el teólogo y pedagogo Jan Amos Comenius planteó la necesidad de establecer un método para la enseñanza y una organización determinada del aula, implementando dispositivos para la simultaneidad simétrica, gradualidad y universalidad como ideal pansófico o gran utopía de la pedagogía. Posteriormente John Locke resalta tres ejes fundamentales en la formación de la infancia: una buena alimentación, un carácter virtuoso y una buena enseñanza, en aras que el niño pudiera finalmente llegar a ser un adulto virtuoso (Narodowski, 1994).

Un siglo más tarde a finales de 1700, Enrique Pestalozzi desde la pedagogía, rescata la infancia como lugar de pecado y error para señalarla como un momento cronológico de la vida del hombre, caracterizado por “intuiciones oscuras” que hay que educar (Abbagnano & Visalberghi, 1992)

Hasta este momento, subsiste en la Modernidad la visión apolineocentrista del mundo, que impide las libres manifestaciones del espíritu dionisiaco del niño; los valores y moralismos de este periodo, fortalecidos ahora desde las instituciones educativas y el sistema económico, se inspiran en la fórmula socrática “Razón = Virtud = Felicidad”, que bien podría traducirse en este contexto como Razón = Sometimiento = Progreso, “hay que hacer como Sócrates y establecer contra los apetitos oscuros una luz diurna permanente, la luz diurna de la razón. Hay que ser prudente, claro, lúcido a cualquier precio: toda concesión a los instintos, a lo inconsciente, lleva *hacia abajo...*” (Nietzsche, 2010, p.55).

En el transcurso del siglo XIX se aprecia un viraje importante en relación con la niñez, cristalizado en un mayor interés por su educación, el cambio de sus vestimentas con trajes adecuados para su edad, los procesos de socialización, las manifestaciones afectivas que se consolidan más allá de su círculo familiar, la investigación y atención de procesos de morbi-mortalidad en la infancia, entre otros, hacen concluir a Ariès (1987), sobre la aparición de un “*Segundo Sentimiento hacia la infancia*”, que da cuenta según el historiador francés del “*Descubrimiento de la Infancia*”, como noción ligada a cambios en las costumbres cotidianas de los adultos hacia los niños.

A partir de estas coyunturas se hace más notoria la mirada distinta que desde entonces y con un movimiento en ascenso, se tiene sobre los niños; la infancia se empieza a reconocer como un acontecer natural en la vida del hombre y de las sociedades y los niños como categoría específica y diferente. La infancia se consolida como una institución resultado de la Modernidad y por consiguiente convoca la participación activa de otras dos instituciones, la Familia y Escuela, quienes no obstante no pierden su postura adulto-apolineocentrista:

La Familia muestra un mayor interés hacia el niño, que refleja en sus pautas de crianza y expresiones de afecto que Ariès puntualiza entre el “mimoseo y la severidad” y la Escuela, que a través de sus discursos pedagógicos, en los que convergen las propuestas de otros campos del saber que se especializan en la niñez como la psicología, la pediatría, el derecho, etc., orienta la formación del niño a partir de la disciplina y la obediencia. Tanto la familia como la escuela contribuyeron a perfilar una forma de ser y actuar particular en el niño, que sin embargo, pone al margen las condiciones y actuaciones de muchos otros niños y niñas que viven su infancia en condiciones y roles diferentes a los esperados.

Estos niños y niñas, negados y excluidos del marco referencial y epistémico social, son considerados por primera vez en 1924 en el Derecho de Menores propuesto por la Declaración de Ginebra y sustentado más tarde con la Declaración Universal de los Derechos del Niño en 1959, dando fundamento entre los dos a la Doctrina de Situación Irregular⁴ en la que se dispone

⁴ La Doctrina de Situación Irregular, que surge alrededor de 1924, es definida por el Instituto Interamericano del niño de la siguiente manera:

una serie de leyes y políticas sociales, orientadas y difundidas hacia la atención y cuidado del “menor”, término con el que en general se le reconoce a los niños y niñas, para confirmar su condición de ser menos que, estar por debajo de, en resumidas cuentas, por seguir concibiéndose inferior a los adultos.

Como lo precisa, Ariès (1987), contradictoriamente la niñez, que antes gozaba de mayor libertad, a partir del *Descubrimiento de la Infancia*, paga una alta cuota, la de su control mediante instituciones y mecanismos específicos, a través de la creación de regímenes determinados para los niños, en instituciones especiales en las que se le reconocen roles diferenciados de los adultos, de esta manera comienza “un largo proceso de internación de los niños, (como de los locos, los pobres y las prostitutas), que no dejará de extenderse hasta nuestro días”. En este contexto, Varela (1986), citado por Álzate, (2003), sostiene:

Las transformaciones que han afectado a la percepción de la infancia moderna están íntimamente ligadas a los cambios en los modos de socialización. En este sentido se puede afirmar que la categoría de infancia es una representación colectiva producto de formas de cooperación entre los grupos sociales y también de pugnas, de relaciones de fuerza, de estrategias de dominio destinadas a hacer triunfar, como si se tratara de las únicas legítimas, las formas de clasificación de los grupos sociales que aspiran a la hegemonía social (pág.51).

En coherencia con lo anterior Jiménez (2012) precisa:

La infancia moderna vivió un particular proceso de domesticación cuya iniciativa estuvo en cabeza de los agentes tradicionales de la socialización: la familia y la escuela. Es una infancia con especificidades de carácter biológico y psicológico que acarreo el surgimiento de políticas sociales y educacionales destinadas a garantizar su bienestar, a corregir sus desvíos y a procurar atención y orientación a las familias. Esta infancia fue naturalizada por medio de ciertas prácticas

...es aquella en que se encuentra un menor, tanto cuando ha incurrido en un hecho antisocial, como cuando se encuentra en estado de peligro, abandono material o moral o padece un déficit físico o mental. Dícese también de los menores que no reciben el tratamiento, la educación y los cuidados que corresponden a sus individualidades.

propias: ser niño era ir a la escuela, jugar y no tener responsabilidades, vivir con la propia familia y disfrutar de su amor. Ser niño, en la modernidad, era sinónimo de ser un sujeto frágil, puro, inocente y que representaba entre otros aspectos una promesa de futuro (pág. 13).

De esta manera, la infancia es reconocida en la Modernidad como institución social, cuyas necesidades son atendidas por la sociedad desde una actuación asistencialista y ambivalente. La familia, la escuela y el mismo Estado, encaminan esfuerzos para la atención básica de un grupo etario homogenizado, mientras los niños siguen ocultos por los principios de “educar” y “formar”... “Educad al niño y no tendréis que castigar el adulto”, frase tristemente célebre de Pitágoras que expresa hasta nuestros días las ideas tergiversadas y opresoras de la esencia dionisiaca de la infancia. Al respecto Corea & Lewkowicz (2011), nos complementa:

La infancia como institución –no los chicos, sino la infancia como institución–, como representación, como saber, como suposición, como teoría, es producto de dos instituciones modernas y estatales destinadas a producir ciudadanos en tanto que sujetos de la conciencia: la escuela y la familia.

La familia instauro en el niño el principio de legalidad a través del padre, que encarna la ley, y luego transfiere hacia la escuela la continuidad de la labor formativa. La escuela es el aparato productor de conciencia que, (...) consiste en educar al soberano. Para ser soberano hay que estar en pleno ejercicio de la conciencia y las instituciones son productoras de ese sujeto de la conciencia (pág. 109).

Así las cosas, *el descubrimiento* de la infancia en la Modernidad, si bien es cierto se constituye en un avance fundamental para el reconocimiento de los niños y de las niñas en su diferencia y particularidad, se realiza en función de los ideales de un momento histórico, que presenta similares condiciones a los anteriores, matizadas bajo la “bella apariencia” de nuevas situaciones.

La infancia en la Modernidad, se organiza en un proyecto político y social que se somete a las circunstancias específicas de los Estados, en tanto se determina el modelo que precede a la idea de nación, de esta manera se establecen los roles y vínculos con los diferentes actores de la población; lo que implica, que la relación entre infancia y Estado se determina a partir de la configuración de los propósitos que subyacen al sistema mismo (Llobet, 2010).

La visibilización de la infancia, lleva entonces implícito el mismo hilo conductor de las épocas pasadas: la razón y el control sobre la naturaleza sensible del ser, ahora desde otros mecanismos de subordinación que legitiman valores opresores de la vida. Lo apolíneo reiteradamente continúa opacando lo dionisiaco, la racionalidad adulto-apolíneoecéntrica, imperando sobre el regocijo, la creatividad y el instinto infantil. Pese a todos los vejámenes a que ha sido sometida, la fuerza de la vida no admite extinción.

En síntesis, se ha caracterizado desde una comprensión hermenéutica de lo apolíneo y lo dionisiaco, una aproximación a la genealogía de las relaciones adulto-niño en diferentes épocas de la humanidad, en la acepción compartida por Nietzsche, de buscar el origen de las comprensiones, significados y conexiones que se han dado en estas relaciones, como entender histórico de la lucha entre los dos.

Lo anterior se complementa con la perspectiva de Foucault (2000), en cuanto es importante identificar como estas relaciones han estado mediadas por la oposición entre el sujeto y los “juegos de verdad” imperativos de cada momento,

La verdad es de este mundo; se produce en él gracias a múltiples coacciones. Y detenta en él efectos regulados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general’ de la verdad: es decir, los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que están valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero (p.11).

Esta relación entre sujeto y verdad implica a su vez el problema planteado por este autor de saber/poder, que se evidencia claramente en la pugna entre lo apolíneo y lo dionisiaco, en cuanto ha sido una relación de desigualdad y sometimiento del niño al adulto, que desde la Antigüedad hasta la Modernidad se encuentra presente en la construcción de sentidos y relaciones sociales en los diferentes contextos familiares, educativos, etc., en las cuales se manifiesta la presencia de un *saber sometido*, el saber del niño, el saber dionisiaco, encubierto por los contenidos históricos y las funcionales coherencias apolíneas con las que la humanidad vivió cada uno de estos periodos “sólo los contenidos históricos permitieron encontrar de nuevo la ruptura de los enfrentamientos y de la lucha que los amaños funcionales y las organizaciones sistemáticas tienen por objeto ocultar” (Foucault. 1979, p.128).

En estos contenidos históricos, también se descifra la conformación de una sociedad disciplinaria, a través del ejercicio del poder adulto-apolineocéntrico sobre el niño, sobre Dionisio; que en palabras de Foucault (1979), puede definirse como un poder disciplinario, un *Biopoder*. Una tecnología del poder, cuyo objetivo es producir cuerpos dóciles, cuerpos domesticados que cimientan la construcción de su subjetividad como sujetos “sujetados”. En el ejercicio del biopoder se encuentra anclado el derecho a la vida y a la muerte que desde la antigua Grecia los adultos detentan sobre los niños, como objetos administrables y fragmentables.

Paralelamente, los niños cuerpos dóciles, han estado inmersos en la *Biopolítica*, técnica de poder que los somete al servicio de los intereses caprichosos de cada época, a los ordenamientos sociales que se traducen en mecanismos de control, sanción y recompensa frente al cumplimiento o no de lo establecido o esperado para ellos.

El momento histórico de las disciplina es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés (Foucault, 2010, p.160).

Precisamente en estas relaciones de sometimiento adulto-niño, se han gestados los saberes, los valores y las comprensiones no solamente acerca de los niños y de la infancia, sino de los adultos y de la humanidad en general; en tanto estas relaciones producen unos sujetos particulares que en cada una de sus etapas de la vida, han ido interiorizando concepciones y creencias sobre sí mismos y sobre el otro, como consecuencia de una episteme que se ha arraigado en su interioridad y se manifiesta en las prácticas cotidianas individuales y colectivas, que son tanto instituidas como instituyentes de la realidad histórico-social. En coherencia Foucault (1979) plantea

 Mi hipótesis es que el individuo no es lo dado sobre lo que se ejerce y se aferra el poder. El individuo, con sus características, su identidad, en su hilvanado consigo mismo, es el producto de una relación de poder que se ejerce sobre los cuerpos, las multiplicidades, los movimientos, los deseos, las fuerzas (p.120).

El niño como cuerpo dócil, cuerpo heterónomo, obediente y dependiente de las decisiones adultas cuerpo que puede ser manipulado y sometido, cuerpo que desde el ideal de la razón, puede y debe ser perfeccionado para que se convierta en adulto - héroe, feligrés, alumno, ciudadano- ha sido objeto del sometimiento del saber del adulto y de un sistema social que hasta ahora no ha pretendido más que su obediencia política. Por su parte el adulto también se ha negado a sí mismo al negar la niñez, su niñez detrás de espejismos y apariencias que le han impedido vivir su presente, con todo el despliegue de riqueza y realización que le podría significar.

Hasta este momento de la historia, en palabras de Nietzsche (2012), el espíritu humano, reflejado no solamente en el niño, sino en el adulto, tuvo su primera transformación hacia el camino del superhombre, convirtiéndose en “camello”, la bestia de carga que aguanta el peso que le impone la historia y la cultura, a través de sus valores apolineocentristas, que avasalla al ser en favor de un proyecto del que son parte fundamental, pero el que al mismo tiempo quiere ignorar sus sentidos y necesidades más íntimas. Al respecto Zaratustra, el profeta de la vida, nos dice:

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, de carga, en el que habita la veneración: su fortaleza demanda cosas pesadas, e incluso las más pesadas de todas. ¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu de carga y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien.

¿Qué es lo más pesado, héroes? así pregunta el espíritu de carga, para que yo cargue con ello y mi fuerza se regocije.

¿Acaso no es: humillarse para hacer daño a la propia soberbia? ¿Hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría?

¿O acaso es: apartarnos de nuestra causa cuando ella celebra su victoria? ¿Subir a altas montañas para tentar al tentador?

¿O acaso es: alimentarse de las bellotas y de la hierba del conocimiento y sufrir hambre en el alma por amor a la verdad?

¿O acaso es: estar enfermo y enviar a paseo a los consoladores, y hacer amistad con sordos, que nunca oyen lo que tú quieres?

¿O acaso es: sumergirse en agua sucia cuando ella es el agua de la verdad, y no apartar de sí las frías ranas y a los calientes sapos?

¿O acaso es: amar a quienes nos deprecian y tender la mano al fantasma cunado quiere causarnos miedo?

Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu de carga: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto (Nietzsche, 2012, pp.65-66)

LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA: UNA POSIBILIDAD PARA EL ETERNO

RETORNO DE DIONISIO

*-“¡Ay, el hombre retorna eternamente!
¡El hombre pequeño retorna eternamente!.-
Desnudos había visto yo en otro tiempo a ambos,
Al hombre más grande y al hombre más pequeño:
Demasiado semejantes entre sí,
-¡demasiado humano incluso el más grande!
¡Demasiado pequeño el más grande! – ¡Éste era mi
hastío del hombre!
¡Y el eterno retorno también del más pequeño!
- ¡Éste era mi hastío de toda existencia!*

Friedrich Nietzsche
Así Habló Zaratustra (2012)

Hasta ahora, se ha rescatado el imperativo racional que gestó el espíritu de la cultura occidental; este segundo capítulo, da cuenta de la manera en que esta histórica concepción apolineocentrista del mundo, encuentra en la sociedad actual una fuerte discrepancia, que emerge de las renovadas posibilidades y discursos del hombre contemporáneo, en los que empieza a reconocer su complejidad y pluralidad y con ello abre la puerta al retorno de Dionisio, que trae consigo una especial sensibilidad para aproximarse y desentrañar las dinámicas realidades humanas, entre ellas claro está, las concernientes a la infancia.

Se muestra entonces cómo en la sociedad contemporánea se hace presente, prolongando la propuesta de Phillipe Ariès, un *Tercer Sentimiento hacia la infancia*, en el que los niños son reconocidos desde las doctrinas y discursos políticos y estatales como sujetos de derechos, coadyuvando con ello a que cada vez sean más visibilizados como actores sociales, lo que ofrece a partir de este momento una contingencia para pensar y replantear la manera como se han

venido estableciendo las relaciones adulto-niño desde los diferentes roles y escenarios de la vida cotidiana.

Fortaleciendo este tercer sentimiento, se incorpora la propuesta de muchos investigadores⁵ por el reconocimiento de las *infancias*, que considerando las nuevas cosmovisiones, acepta la existencia de múltiples maneras de vivir la infancia, las cuales son asumidas como los espacios sociales en que los niños y niñas en diversas circunstancias tienen la posibilidad de crecer y desarrollarse, lo que también implica una especial cualidad de relacionarse con el mundo, una experiencia de construcción de subjetividad propia del ser humano, que convive de diferentes formas en y con los adultos en general.

Empero, en medio de esta renovada dinámica social, no se desconoce que la razón apolineocéntrica continua rondando a Dionisio, ahora orientada no solamente por las instituciones tradicionales, sino también por las Tecnologías de la Información y Comunicación –TIC, quienes se han posicionado como ejes articuladores del sistema económico imperante, el Capitalismo⁶, una versión actual de Apolo, en la que se subordina el sujeto al consumo, a la razón consumista disfrazada como un acto de elección personal; la más innovadora técnica del biopoder, que encuentra en la infancia uno de sus principales nichos de mercado.

SEGUIR SOÑANDO, SABIENDO QUE SE SUEÑA...

A mediados del siglo XX en el marco de la Modernidad, ocurren entre otros, algunos acontecimientos históricos que han marcado contundentemente el devenir de la humanidad: los cambios políticos, económicos, ideológicos, científicos, etc., surgidos después de la primera y segunda guerra mundial⁷, como la debacle de la humanidad y el absurdo del apolineocentrismo,

⁵ Sandra Carli, Mariano Narodowski, Mercedes Minnicelli, Juan Carlos Amador, Ana María Donini, Sandra Leopold, Carolina Duek, Lourdes Gaitán, Valeria Llobet, Cristina Corea e Ignacio Lewkowicz por solo nombrar algunos.

⁶ Sistema social y económico que proviene del beneficio de la propiedad privada sobre el capital como medio de producción, en el que los individuos y las empresas están llamados a generar bienes y/o servicios en forma privada e independiente, para ofertar a un mercado de consumo real o potencial y de esta manera obtener recursos; motivo por el cual prima esencialmente las relaciones mercantiles entre productores y consumidores.

⁷ Para profundizar la situación de la infancia en estos contextos, remitimos a la obra de Aldecoa, J. (1999). *Los niños de la guerra*. Editorial Anaya

de las cuales sin embargo, intenta erguirse nuevamente desde las cenizas de la destrucción y la muerte, con un nuevo impulso llamado ahora la fuerza del progreso, que da origen a la consolidación de un sistema productivo postfordista⁸ cuya materia prima es el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales; y por otra derivada de lo anterior, la naciente formación de un nuevo Proyecto Social a manera de ruptura y comprensión al fracaso del gran Proyecto Colectivo de la Modernidad.

Desde este nuevo panorama, el hombre tiende a renunciar a los sueños amparados en la idea de progreso que muestra al tiempo y a la historia como un propósito de superación, y empieza a reevaluar los ídolos por los cuales vivió y creyó hasta la Modernidad “ídolos eternos a los que se toca con el martillo como con un diapasón: sencillamente no hay ídolos más antiguos, más convencidos, más hinchados...tampoco más huecos...” (Nietzsche, 2010, p. 35)

Surge entonces, lo que contextualizamos en esta investigación como la Sociedad Contemporánea; una sociedad que aunque conserva los vestigios de la episteme apolineocéntrica que caracterizó la Modernidad, empieza a reclamar otras formas de pensamiento y construcción de la realidad individual y colectiva, afectando al hombre en sus dimensiones históricas, sociales y psicológicas, en todos sus momentos de desarrollo y sus campos de acción y desempeño, al dar crédito a lo cotidiano, al presente, a la pluralidad, a la diversidad de discursos, de realidades e identidades culturales, tras las que se encuentran muchas maneras de vivir en un mundo perenemente cambiante, que esboza nuevas circunstancias para las relaciones humanas, entre las que se destacan las relaciones adulto-niño.

Así las cosas, la declaración de un orden moral-racional del mundo se empieza a fraccionar, debido a que la historia ya no se admite como un camino unívoco e indiviso, lo que deja sin asideros los supuestos del pensamiento socrático con relación a que lo superior, lo último, lo esperado, es lo mejor.

⁸ Actual sistema de producción acogido por los países industrializados, que se caracteriza por las nuevas tecnologías de la información, los mercados financieros globales que resaltan la importancia de las clases sociales y los tipos de consumidores, la presencia de la mujer y de los trabajadores de “cuello blanco” en los diferentes puestos de trabajo de las compañías.

Estas nuevas comprensiones del mundo no son solamente de índole filosófica o intelectual, sino además de tipo histórico-social; se explican en la aparición de una sociedad múltiple, porque surgen no sólo de “la crisis del colonialismo y del imperialismo europeos; si no que es también y en mayor medida, resultado de los medios de comunicación de masas (...) que han sido determinantes para venir a darse la disolución de los puntos de vista centrales” (Vattimo, 1996, p.78).

De esta manera se divisa tanto para los adultos como para los niños de la sociedad actual, posibilidades de conocimiento y emancipación insospechadas, que tienen que ver con el desarraigo, la liberación de las diferencias, de los elementos locales, del rescate y la creación de otros relatos disímiles a los hasta ahora dominantes; posibilidades que se encuentran muy ligadas al acaecimiento de los medios masivos de la comunicación - mass-media, que ponen en evidencia que no existe un exclusivo fundamento a partir del cual medir las concepciones, desarrollos y cambios de la humanidad, ya que a través de ellos se dimensiona una sociedad más compleja y caótica, en la que precisamente se albergan nuestras esperanzas de emancipación (Vattimo, 1996).

En este contexto queda sorprendido lo que Vattimo (1996) denomina “*el mito reencontrado*”, que parte de considerar la necesidad de desmitificar el proceso de desmitificación que ha procurado por siglos la humanidad, anclado en la potestad de la razón, el progreso y la objetivación de la ciencia, quienes se establecen precisamente como el mito más contundente que ha acompañado al hombre hasta la Modernidad; en palabras de esta investigación, el testamento de Sócrates: El Mito de Apolo.

Desmitificar la desmitificación no significa restaurar los derechos del mito, sino preguntarse por qué entre los mitos a los cuales debemos reconocer legitimidad está también el de la razón y su progreso. La desmitificación, o la idea de la historia como proceso de emancipación de la razón, no es algo que pueda exorcizarse tan fácilmente. (pág. 128)

Con esta última frase, Vattimo en su obra *La Sociedad Transparente* (1996), remite a Nietzsche en *La Gaya Ciencia*, obra en la que el filósofo alemán plantea que aun sabiendo que la “verdad” es una creencia cimentada sobre exigencias vitales y por lo tanto un “error”, tiene la tendencia a permanecer; es por esto que el hombre debe "continuar soñando sabiendo que se sueña", es decir, continuar soñando un sueño, que ahora tiene conciencia de sí.

Lo anterior, lleva a deducir que en la sociedad contemporánea el mito de Apolo se mantiene y se evidencia de varias maneras; no obstante, estamos llamados a develar la desmitificación que él encarna como el mito que es, y a asumir que la razón, el logos, el adulto, no albergan la única e irrefutable verdad de la vida del hombre, sino que en ella igualmente tienen cabida otras cualidades de ser, de expresar, de sentir, otros mitos como el de Dionisio que se representa en la niñez. Ahora sabemos que soñamos, debemos continuar soñando, pero no de la misma manera.

EL ETERNO RETORNO DEL DIOS

El panorama de la contemporaneidad, ilumina el regreso de Dionisio a ocupar y compartir el lugar que por siglos la humanidad le negó y otorgó únicamente a Apolo. Después de ello, se espera que el dios “libertador”, pueda restituir la historia que a su vez protagonizó con su padre Zeus y acoger a los niños, para darles la posibilidad de un nuevo nacimiento a partir de otras comprensiones e interpretaciones que reivindiquen la esencia de la infancia.

En este ámbito, el *Eterno Retorno* al que se refiere Nietzsche, es, por tanto, el eterno retorno de la vida en la que se repiten una y otra vez los acontecimientos, pensamientos, sentimientos e ideas; en el que se repite una y otra vez el eterno retorno de Dionisio al reencuentro con la naturaleza sensible del Ser.

Todo va, todo vuelve; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente corre el año del ser.

Todo se rompe, todo se recompone; eternamente se construye a sí misma la casa del ser. Todo se despide, todo vuelve a saludarse; eternamente permanece fiel a sí el anillo del ser.

En cada instante comienza el ser; en torno a todo “Aquí” gira la esfera “Allá”. El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad (Nietzsche, 2012, p.353).

El eterno retorno es dinámico en su propio suceder ya que concentra su fuerza en el pensamiento; como lo analizaría Heidegger (2013) a partir del fragmento *El peso más grave* de *La Gaya Ciencia* de Nietzsche, en la designación que el grave peso es precisamente el *pensamiento* del eterno retorno. Pensar el pensamiento del eterno retorno, se convierte en el atributo substancial del ser.

¿Qué nos representamos con la expresión “grave peso”? un grave peso impide tambalearse, proporciona quietud y solidez, concentra sobre sí todas las fuerzas, las reúne y les da determinación. Un grave peso atrae al mismo tiempo hacia abajo, y es por lo tanto la continua presión de mantenerse en alto, aunque también el peligro de deslizarse hacia abajo y quedarse allí. Un grave peso es, pues, un obstáculo que exige continuamente que se lo enfrente y lo supere. Un grave peso no crea, sin embargo, nuevas fuerzas, aunque altera la dirección de su movimiento y crea así nuevas leyes de movimiento a las fuerzas disponibles (Heidegger, 2013, p.222).

El grave peso puede ser el peso del pensamiento resignado que sin objetar obliga a la tierra al *camello*, símbolo de la primera trasmutación de los valores del espíritu; pero al mismo tiempo, el peso más grave se puede convertir en la potencia del pensamiento que le permite a ese espíritu elevarse y revelarse para entrar en *su desierto* y buscar otras formas de vida. Ese desierto, puede ser entendido como el contexto que reta al hombre a reflexionar y salir de su aridez, de su estancamiento, para convertirse en el león que se libere de los valores que hasta ahora le han sido impuestos, en un acto de voluntad de poder que cada vez más, acerca este espíritu al superhombre.

El eterno retorno entonces es el mismo, pero no lo mismo. En él, el hombre se extingue para volver a re-crearse; una y otra vez tiene la ocasión de decidir aceptar o negar los dogmas establecidos, para abrirse a opciones infinitas, no decretadas, en su relación consigo mismo, con su historia y con sus semejantes, en su relación con la infancia vivida y la niñez que tiene delante de sí.

Como oportunidad de superación, el pensamiento del eterno retorno exhorta a pensar los preceptos apolineocéntricos que fundamenta las verdades objetivas y su justificación en el mundo existente; preceptos que enfocan la actuación de los sujetos en función de los estándares establecidos y totalitarios que constituyen en esencia los grandes relatos de la Modernidad y que han posicionado durante siglos, como lo advierte Vattimo (2000), un *Pensamiento Fuerte*, metafísico, fundado en cosmovisiones filosóficas bien afinadas y organizadas, más no necesariamente irrefutables, alrededor de las creencias consideradas como verdaderas y absolutas.

En contraste, continuando con las posturas del autor italiano, la contemporaneidad propende por un *Pensamiento Débil*, no por inferior, sino por ser aquel que no se pronuncia como verdad absoluta acerca de las cosas, ya que no busca dominar con su voz discursiva sino que está dispuesto a conciliar su propia perspectiva con la perspectiva de los otros. En el pensamiento débil, participan distintas voces, cada una con su propia manera de interpretar el mundo, por lo cual, abre la posibilidad a la multiplicidad, a la pluralidad y a la tolerancia, con su transitar despreocupado, distante de un rigor existencial y más cercano a un nihilismo débil⁹; un

⁹ Este nihilismo débil es reinterpretado por Vattimo a la luz de Nietzsche, como la aceptación de la muerte de Dios en nuestra cultura y, con ello, el demérito de los valores supremos, para dar cabida a otros que pueden convertirse y transformarse entre sí, tras su combinación indefinida. Al respecto el autor argumenta:

En Nietzsche, como se sabe, Dios muere porque se lo debe negar en nombre del mismo imperativo de verdad que siempre se presentó como su ley y con esto pierde también sentido el imperativo de la verdad y, en última instancia, esto ocurre porque las condiciones de existencia son ahora menos violentas y, por lo tanto y sobre todo, menos patéticas. Aquí, en esta acentuación del carácter superfluo de los valores últimos, está la raíz del nihilismo consumado.

Para el nihilista consumado ni siquiera la liquidación de los valores supremos es el establecimiento o el restablecimiento de una situación de valor" en el sentido fuerte del término, no es una reapropiación porque lo que se ha hecho superfluo es cabalmente lo "propio" de cada cual (aun en el sentido semántico del término). El mundo verdadero se ha convertido en fábula", dijo Nietzsche en el *Crepúsculo de los ido/os*. Y aquí no se trata empero del "presunto" mundo verdadero sino que se trata del mundo verdadero *tout court*. Y si bien Nietzsche agrega que de esa manera la fábula ya no es tal porque no hay ninguna verdad que la revele como apariencia e ilusión, la noción de fábula no pierde del todo su sentido. En efecto, la fábula impide atribuir a las apariencias que la componen la fuerza contundente que correspondía al *ontos on* en metafísica.

...La experiencia que se ofrece al nihilista consumado no es en cambio una experiencia de plenitud, de gloria, de *ontos on*, sino que se trata de una experiencia desligada de los presuntos valores últimos y referida de manera emancipada en cambio

nihilismo consumado que no es reactivo, ni pasivo, que no tiene las nostalgias por los pasadas dogmas ni aspiraciones de nuevas totalidades, un nihilismo que es el destino del Ser, que lo descansa de todo resentimiento (Vattimo 1996 -.2000).

Así las cosas, tanto el pensamiento fuerte, como el pensamiento débil son el pensamiento del eterno retorno, pero en este último hay una concepción del Ser, flexible, en una constante renovación que lo lleva a superar las iluminaciones proféticas y lo emplaza como columna central y transmisora de la vida, de la que siempre afloran nuevos esquemas de valores y relaciones, significados que se traslucen en la cotidianidad de las dinámicas sociales. El primer paso para este pensamiento, diría Nietzsche (2012), consiste en la transmutación de todos los valores de nuestra cultura tradicional.

Si el ser no es, sino que se transmite, el pensamiento del ser no puede ser otra cosa sino un volver a pensar lo que ya ha sido dicho y pensado; ese volver a pensar, que es el auténtico pensamiento – pues no cabe considerar como tal ni las mediaciones propias de la ciencia ni la organización que lleva a cabo la técnica –, (...) (Vattimo, 2000, p.36)

En este sentido, el pensamiento del eterno retorno, está en consonancia con la emancipación del Ser y la aparición del superhombre nietzscheano ligado al tiempo, a la vida, a la muerte; un hombre consiente de todo cuanto irrumpe a su alrededor, de las diversidades, de otros mundos, formas y estilos posibles incluidos los anclados en el pensamiento fuerte de la Modernidad, ante el cual no se opone, por el contrario, permite que se manifieste como una más de las distintas posiciones, con el fin de ser reconocidas en un espacio abierto al diálogo y a la búsqueda de otras formas de vida y de relación humana.

Por consiguiente, el pensamiento del eterno retorno no debe ser considerado como un elemento para cambiar la realidad sino para vivirla, por ello siempre puede estar a favor del retorno de Dionisio, que simboliza una mirada fresca a los niños, e invita a hacer una

a los valores que la tradición metafísica siempre consideró bajos e innobles y que de este modo quedan rescatados y vueltos a su verdadera dignidad. (Vattimo, 1989, pp. 27-28)

hermenéutica sobre la manera cómo los adultos nos hemos relacionado con ellos, partiendo de una observación atenta de la historia, no en cuanto a los hechos o a los propósitos de superación que ha defendido, a las verdades que ha perpetuado, sino a lo que está detrás de ello, a la naturaleza de las actitudes alrededor de las cuales han girado estas relaciones.

El propósito fundamental de esta observación es establecer la manera como se ha forjado la realidad de las interacciones entre niños y adultos; la realidad que contiene la historia no contada, que ha sido construida colectivamente por todos y que por tanto, estamos invitados a meditar para motivar actuaciones en conciencia y justicia; desde esta óptica, la historia reapropiada en el presente se vuelve voluntad de poder y acción, a partir de la cual se cree, se crea y se crece de manera conjunta en una renovada disposición hacia la infancia, transferible hacia la vida misma y la sociedad.

El pensamiento del eterno retorno, permite que se manifieste lo que Bustelo (2011) ha denominado el recreo de la infancia.

El recreo de la infancia es el comienzo del cambio del mundo. Es una convocatoria que comienza por el abandono del “adultocentrismo” como expresión de dominación. Es el descubrimiento de la infancia: desde la infancia como lo “no-adulto” a una infancia des-adultizada. Es el éxodo de los oprimidos. No hay infancia emancipada en una sociedad opresora, por eso la infancia presupone una teoría del cambio social. (pág. 186)

EL TERCER SENTIMIENTO HACIA LA INFANCIA

Inspirada en la manifestación de la teoría nietzscheana del pensamiento actual del eterno retorno y de la línea trazada por Ariès, se propone en esta investigación, que por causa de las dinámicas que ha traído consigo la sociedad contemporánea empieza a irrumpir un *Tercer Sentimiento hacia la infancia*, que es el comienzo del cambio como lo mencionó Bustelo, tras el cual se ha permitido que los niños procedan paulatinamente a tomar su lugar en el mundo, como Dionisio en el escenario de la tragedia griega:

Este sentimiento deviene de la realidad histórica, aproximadamente de los últimos tres decenios, y se promueve a partir del consenso que se ha despertado por parte de diversas instancias sociales, culturales, políticas, jurídicas, educativas, etc., respecto de la infancia y las diferentes circunstancias que le competen, al punto de configurarla como uno de los campos de conocimiento más recientes, en el que confluyen las investigaciones y los diálogos inter y transdisciplinarios de las ciencias y las sociedades, en la búsqueda de nuevos discursos y comprensiones para vincularla a las dinámicas actuales.

Las consecuencias de este consenso han sido varias, pero hasta el momento sobresalen dos de ellas, marcando la pauta para que se desencadenen las demás y se inicie la cristalización de ese tercer sentimiento hacia la infancia en el panorama social nacional e internacional; por una parte encontramos el replanteamiento de los marcos jurídicos y las políticas públicas específicamente para este grupo etario, orientadas desde los paradigmas de la “*Protección integral*”¹⁰ y del “*interés superior del niño*”¹¹ y, por otra, el reconocimiento de su pluralidad como grupo social diverso en el que co-existen muchas formas de expresión del mismo, abandonando su apelativo en singular, infancia, para empezar a nombrársele en plural, infancias.

Con relación a los marcos jurídicos, el primer aporte sin duda ha sido dado con la Convención Internacional sobre los Derechos de los Niños y las Niñas - CIDN proclamada en 1989 por las Naciones Unidas, que recogiendo la Declaración de los Derechos del Niño de 1959, se constituye en el instrumento pionero, específicamente dirigido a la protección y legalización de sus derechos; como Tratado Internacional, compromete a los Estados a garantizar condiciones de vida dignas para todos sus habitantes menores de 18 años, sin ningún tipo de discriminación o

¹⁰ Esta doctrina integra las actuaciones del estado, la Familia y la Sociedad en beneficio de la infancia. García Méndez (1994), establece:

La Doctrina de la protección integral de las Naciones Unidas, involucra al universo total de la población infantil-juvenil. Esta doctrina incluye todos los derechos individuales y colectivos de las nuevas generaciones, es decir, todos los derechos para todos los niños. Esta situación convierte a cada niño y a cada adolescente en un sujeto de derechos exigibles. Para nosotros, adultos, el reconocimiento de esta condición se traduce en la necesidad de colocar las reglas del estado democrático para funcionar en favor de la infancia (pag.11)

¹¹ Recogido del Artículo segundo de la Declaración de los Derechos del Niño de 1959:

El niño gozará de una protección especial y dispondrá de oportunidades y servicios, dispensado de todo ello por la ley y por otros medios, para que pueda desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente de forma saludable y normal, así como en condiciones de libertad y dignidad. Al promulgar leyes con este fin, la consideración fundamental a que se atenderá será el interés superior del niño. (Unicef, 1989)

exclusión, documento rector para las leyes y políticas de los diferentes países, en los aspectos relacionados con la infancia.

Fue necesaria una Convención separada de las anteriores Declaraciones y Tratados sobre Derechos Humanos¹², para que se empezaran a considerar dentro de la agenda pública, que los niños están incluidos entre los portadores de derechos porque legalmente también son ciudadanos¹³. Desde la visión apolineocéntrica que ha venido imperando, parece como si estuviese muy enraizada la idea de que en la práctica los niños carecen de derechos y que sólo algunos de ellos merecen actuaciones sociales protectoras o promotoras: los abandonados, explotados, maltratados, malnutridos o enfermos.

A partir de la Convención, los aspectos jurídicos y de política social sobre la infancia apuntan hacia un cambio de los sistemas de relaciones entre adultos y niños como grupos o categorías sociales legítimos e incluyentes, que persigue dejar huella a todos los niveles, tanto macrosocial como de la vida intrafamiliar, queriendo movilizar una construcción colectiva de la cultura en favor de la infancia.

La tendencia obviamente, se orienta hacia un mayor reconocimiento del niño y la niña como persona y como ciudadano o ciudadana, hacia la superación de antiguos esquemas de dominación, autoritarismo, machismo y paternalismo, y hacia un mayor reconocimiento y participación social de la infancia como grupo de población (Casas, 1998, p.222).

¹² Unicef (2014) relaciona las siguientes Declaraciones y Tratados:

Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)
Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (1966)
Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1966)
Convención contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes (1984)
Convención internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial (1965) y
Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (1946).

¹³ Se retoma el concepto de ciudadanía propuesto por (Llobet, 2010) que abarca el estatuto jurídico que implica la titularidad de los derechos sociales, civiles y políticos; una modalidad de integración a las sociedades democráticas con características teóricas y jurídicamente equitativas y un posicionamiento subjetivo construido en interacciones sociales, que implica responsabilidad social y subjetiva por los propios actos, como auto-reconocimiento a la titularidad de derechos.

Es así como sobre la década de los noventa, el mundo empieza a debatir con mayor insistencia la noción de infancia, fundamentalmente desde aspectos como la protección y la participación de los niños en las diferentes cuestiones de la vida pública. El logro de la década posterior a la CIDN, es presentar una nueva condición que liga al niño a la vida social, sujeto titular de derechos de ciudadanía y más ampliamente de Derechos Humanos, reconocido al menos en el plano legislativo, emerge para él una designación en la que ya no tiene una categoría inferior a la del adulto y por tanto obtiene concesiones jurídicas con las que antes no contaba, cuyo garante principal de su satisfacción es el Estado, con el aporte de las organizaciones no gubernamentales y cooperación internacional (Llobet, 2010).

Sin embargo, no se puede desconocer que aunque a partir de la CIDN comienza a fraguarse cada vez más profundo en la conciencia colectiva, la idea de que los niños también tienen derechos y por tanto se les debe legitimar un desarrollo integral y una vida digna, la misma Convención presenta fisuras por las que se deja entrever la visión apolineocentrista y que se materializa en las ambigüedades con las que habitualmente se abordan las situaciones de los niños en las diferentes instancias sociales, gubernamentales y privadas.

Un buen análisis de la afirmación anterior, lo realiza Bustelo (2011), quien advierte algunas limitaciones de la CIDN, entre ellas, el carácter incoherente de ser una Convención ratificada por 191 naciones, en un contexto en el que predomina el individualismo y la desprotección hacia la infancia por parte de los Estados; el relativismo en la concepción del *interés superior del niño*, establecido en el artículo tercero del documento como principio rector-guía del mismo, que no da claridad en cuanto a quién define cuál es este interés, el contexto de su aplicación, el alcance de las “medidas” concernientes a los niños que el artículo menciona y el uso mismo de la palabra “interés” cuya designación puede tener una connotación utilitarista, aspecto que no representa un concepto muy protector para la infancia.

Bustelo, continúa su examen crítico acerca de la Convención, aduciendo que los derechos económicos y sociales que en ella se nombran difícilmente están garantizados en contextos como el nuestro, por cuanto los primeros habilitan los segundos y esta condición, en un medio donde la evolución y el equilibrio de las economías de las naciones es tan fluctuante e incluso insuficiente,

no facilita el hecho que estos derechos se puedan implementar de manera efectiva, a lo que se adiciona la ignorancia de las responsabilidades del sector privado.

Finalmente el ex funcionario de la Unicef, señala las dificultades en la adaptación de la legislación interna de los Estados a los principios establecidos en la Convención.

Aquí, la adaptación de la CIDN ha sido verdaderamente invertida, en el sentido que la mayoría de los países, y particularmente los que tienen una estructura político-institucional federal, la han verdaderamente adaptado a su legislación interna y no a la inversa como era originariamente propuesto. Lo que no ha podido ser adaptado a las condiciones de los que tienen el poder, finalmente no se ha adaptado, o solamente se ha incluido lo que se considera inofensivo, esto es, lo que no tiene consecuencias reales (Bustelo, 2011, p.111).

Bajo estas consideraciones que aluden a las brechas que se presentan entre el discurso y la práctica, se aprecia cómo las relaciones adulto-niño continúan, obviamente en menor medida, a la sombra de la visión apolineocentrista, en la que se establecen condiciones de subordinación y dispositivos de poder que insisten en moldear la infancia, en amansar su natural esencia dionisiaca; por lo cual se debe revisar la influencia de Apolo en la época contemporánea, en aras de desmitificar el mito para que realmente se pueda concertar nuevas formas de interacción entre los dos; la perseverancia debe ser encauzada no solamente a la difusión de los derechos de los niños, sino también a dilucidar su efectiva dimensión y comprensión como eje elemental para su cumplimiento.

Cabe aclarar que con lo dicho anteriormente, no se apoya una percepción pesimista de la Convención o se desconoce su valor y aporte en favor de los niños; por el contrario, por las razones propias de su importancia e impacto jurídico y social, la Convención se estima contextualizada en una praxis que da la posibilidad de la emergencia de ese *Tercer Sentimiento hacia la Infancia*, referido en esta investigación; con todas las dificultades, las críticas y las paradojas que pudiera tener, indiscutiblemente siempre ha sido mejor contar con la Convención que vivir sin ella. La Convención es un faro que ilumina de una manera más crítica y definida

las relaciones entre adultos y niños, muestra en escena a Apolo y a Dionisio, ahora debemos continuar favoreciendo su acercamiento y dialogo genuino.

Como segunda consecuencia que ofrecen los debates de la sociedad contemporánea respecto de la infancia, se encuentra precisamente el anuncio de su diversidad que se ha pronunciado esencialmente desde varios estudios antropológicos, psicológicos, sociológicos y pedagógicos; cabe entonces dejar de hablar de la *infancia de la Modernidad* para referirnos en adelante a las *infancias de la contemporaneidad*. En esta dirección Amador (2012), concluye que la condición infantil contemporánea, debe ser entendida como

El conjunto de circunstancias sociales, subjetivas, epistémicas y políticas en las que se produce el tránsito de la infancia en singular (noción prototípica del proyecto de la modernidad) a las infancias (categoría analítica que da cuenta de la pluralidad de los mundos de vida de los niños y niñas en el tiempo presente). Dicha transición ocurre alrededor de un conjunto de tensiones que subyacen de dos grandes procesos histórico-culturales: la configuración societal (Elías, 1997), entendida como el esfuerzo civilizatorio de occidente por proteger y regular a los niños y niñas a través de la familia y la escuela; y la conformación de sociedades moderno-coloniales en la región, cuya sedimentación se expresa en el sostenimiento de percepciones, discursos y prácticas asociados con el racismo, el sexismo, el patriarcalismo y el clasismo. Los niños y niñas son parte constitutiva de esta matriz de poder tanto en su prolongación como en sus posibles rupturas. (pág. 74)

Carli (1999), ya había prevenido una evolución de “la” infancia a “las” infancias debido a situaciones como: el impacto de la diferenciación de las estructuras y las lógicas familiares; las políticas neoliberales que reorientan el sentido político y social de los Estados para la población infantil; el influjo creciente del mercado y de los medios masivos de comunicación en la vida infantil y las trasformaciones sociales, culturales y estructurales que incumben a la escolaridad pública.

Hablar de las infancias, induce a reconocer al niño unido al tiempo y a la vida, desmontando la idea de un tiempo físico, lineal y venidero, un tiempo cuantificable o un tiempo de espera; bien lo precisa Nietzsche (2012) “La grandeza del hombre está en ser puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un *tránsito* y un *ocaso*” (p.49), que en palabras de esta investigación, lleva a interpretar que los niños son presente y que la infancia es su tiempo, el tiempo por el que transitan, diferente al tiempo de los adultos.

Esta manera de Ser en el tiempo, en el tiempo presente, soporta así mismo la idea que el tiempo también es plural y que los niños que viven en él, lo hacen en diferentes espacios, formas y condiciones; así las cosas, la enunciación plural para el tiempo y para la infancia, permite reconocer el sentido de las experiencias, las construcciones de identidad y subjetividad de los niños, como viejas y nuevas formas de relacionarse con los ámbitos sociales, políticos y culturales, que en muchas ocasiones escapan a los cánones apolineocentristas patrocinados durante siglos por parte de las tradicionales instituciones sociales.

Exponer la pluralidad de la infancia admite también colocar en evidencia toda la variedad de infancias que se manifiestan, diferentes de la instaurada por la visión escolar, que encajona a los niños detrás de una única experiencia infantil; la pluralidad de las infancias implica la aceptación en las esferas sociales de niños que tienen estilos de vida disímiles a los encuadrados en la institución escolar (afrodescendientes, indígenas, campesinos, etc.), pero no por ello deshonrosos, peligrosos, en crisis o relegados de su condición de niños; sencillamente niños que dentro de su experiencia asumen otras prioridades, viven en otras condiciones sociales y culturales que los distancian de las ideas apolineocentristas de infancia, pero que al igual que los demás, conforman estilos de infancia presente, con sus propias fortalezas, posibilidades y también al igual que todos, con sus propios riesgos.

Esta pluralidad que es identificada por Pérez (2011), como el dinamismo propio de lo real, muestra las diferentes desigualdades sociales, acoge a las infancias que hasta ahora estaban negadas o meramente adjetivadas para pasarlas a un primer plano y ocuparnos de ellas, en cuanto a sus derechos sociales y culturales. Infancia que delinque, infancia de la calle, infancia

armada, infancia maltratada... infancias que han acompañado el devenir histórico de la humanidad y que habían sido desconocidas como tal. (Fryd et al., 2011).

Esta variedad de manifestaciones sociales de las infancias, constituye una corporeidad que forma cuerpo con la vida de los demás, cuerpo vertido de distintas maneras, no de un modo impersonal sino esencial y constitutivamente personal para que pueda surgir finalmente la comunión entre las personas (Pérez, 2011).

En suma, este tercer sentimiento hacia la infancia que ha ido conquistado tímidamente la sociedad, ha suscitado cambios lentos y paulatinos, pero profundos respecto de las percepciones y valores de los adultos hacia los niños, consecuente con el aumento de su protagonismo dentro de las dinámicas y realidades sociales, a tal punto de llegar a interpelar, confrontar e incluso poner en crisis las concepciones y realidades de la infancia entretejidas desde la Modernidad. Pues en efecto, se pueden instaurar comunidades de personas que en un momento determinado, no hayan sido reconocidas por la sociedad, pero que de hecho, se establecen por la riqueza de la realidad social humana (Pérez, 2011), justo esta situación sucede con las infancias de las que se ha venido hablado.

Estos cambios se asemejan a las caras de un prisma, a partir de las cuales se está integrando y pensando al niño en la sociedad actual, ellos ofrecen reflexiones, refracciones y descomposiciones de las ideas referidas a la construcción socio cultural de las infancias, que pueden tener su base en la reminiscencia de su esencia dionisiaca y por tanto, dar apertura a nuevas maneras de relacionamiento entre niños y adultos.

DIONISIO EN MEDIO DE LAS APORIAS CONTEMPORANEAS

La posibilidad para el eterno retorno de Dionisio, no viene únicamente acompañada por el pensamiento del eterno retorno, el pensamiento débil, y por la asomo de este tercer sentimiento hacia la infancia al que se ha aludido; también viene con las reformas que le impone los avances de las Tecnologías de Información y Comunicación - TIC, en cuyo trasfondo está la

globalización¹⁴ y el capitalismo; tecnologías que a través de todos sus servicios, han marcado una renovación radical de los acostumbrados estilos de conocimiento, aprendizaje y vinculación social.

Estas reformas, al parecer se erigen en el momento presente, como aporías para las infancias contemporáneas; los estudiosos¹⁵ de este tema, tienen opiniones divididas: para unos ofrece a los niños posibilidades, mientras que para otros riesgos, situación que no es objeto central de profundización en esta esta investigación, pero que en ciertos aspectos es importante retomar, en la medida que ellas repercuten y proyectan algunas de las representaciones actuales en las relaciones cotidianas entre niños y adultos.

En consecuencia, este abordaje se realizará partiendo de recapacitar que los avances en las TIC, son un proceso irreversible y estratégico tras el que se establecen una nueva relación del hombre con el mundo; no obstante, su intensa penetración en muchos de los sectores sociales es relativamente reciente y aún no se ha decantado del todo su impacto. Conjuntamente su ocurrencia se da en un marco en el que convergen las tensiones particulares de unas generaciones instituidas desde las concepciones apolineocentristas y otras nacidas en época reciente.

Así las cosas, el giro dado en las dinámicas sociales por la presencia de las TIC, entre las que se destacan los servicios de internet, video juegos, telefonía, televisión, radio etc., ha propiciado procesos de subjetivación y construcción de identidades subyacentes a los modos de conocimiento, relacionamiento y socialización, que se muestran en las maneras de pensar, hacer y sentir hacia sí mismo y hacia el otro, reconfigurando ideas, hábitos, costumbres y estilos de vida, tanto en adultos como en niños. En estos últimos el impacto tiende a ser más intenso, ellos son considerados a diferencia de las generaciones anteriores, *Nativos Digitales*, término acuñado por Marc Prensky (2001), para referirse no solamente a las circunstancias de nacer en un momento histórico en el que las tecnologías están bastante desarrolladas y al alcance de muchos, sino también porque el uso de las mismas desde tan temprana edad, configuran unos estilos de pensamiento, aprendizaje e interacción particular con el entorno.

¹⁴ El mundo globalizado o la globalización hace referencia a “la creciente gravitación de los procesos financieros, económicos, ambientales, políticos, sociales y culturales de alcance mundial en los de carácter regional, nacional y local” (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2014)

¹⁵ Marc Prensky, Deborah Taylor Tate, Howard Gardner, Katie Davis, Neil Postman, Sh. R. Steinberg, J. L. Kincheloe, entre otros.

Esta creciente realidad aún no alcanza a llegar a todos los niños, no a todos los podemos llamar nativos digitales a pesar de haber nacido en la era de los avances tecnológicos. En esta dirección Narodowski (2013), considera que las infancias contemporáneas están desplazándose hacia dos polos: la infancia hiperrealizada y la infancia desrealizada.

La infancia hiperrealizada la instauran los niños que tiene permanente acceso a las tecnologías y dispositivos de información y/o comunicación, niños que ya no imaginan el mundo sin la información, sin el internet, que viven en la más absoluta inmediatez, que tienen acceso a toda la información, incluida aquella de monopolio adulto. Estos niños se vuelven maestros de sus padres y de sus maestros, al parecer no generan demasiada necesidad de protección por parte de los adultos, ellos crean sus propios códigos asociados al uso de esas nuevas tecnologías que les da acceso a una comunidad global a sólo un clic.

Por su parte, la infancia desrealizada, es la infancia que trabaja desde tempranas edades, que vive en la calle, que no está al resguardo del adulto porque también ha encontrado suficientes herramientas para ser independientes y autónomos. Son los niños que nos ha costado definir como tales, ya que no despiertan sentimientos de protección y ternura, cuyos códigos de sobrevivencia aprendidos en la adversidad, les brindan cierta libertad económica y cultural para no depender de un adulto, quien por esta razón, no ve la necesidad de ampararlos.

La infancia desrealizada, es la infancia que no queremos reconocer porque ello implica aceptar nuestro fracaso como adultos, en cuanto tenemos la obligación de protegerla. Es aquella infancia que no está incluida físicamente dentro de las relaciones de saber y que además se la excluye institucionalmente; es la generación de niños analfabetos virtuales, ya que no tienen la posibilidad de acceder a los distintos dispositivos tecnológicos que les facilitan adquirir herramientas necesarias para la vida actual. Es la infancia en peligro, que se nos presenta peligrosa y para la cual la estrategia recurrente de protección y defensa está en el poder judicial (Narodowski, 2013).

A esta polaridad de las Infancias, presentada por Narodowski (2013), se le suma la conmoción que despiertan los Mass Media, una especie de Apolo contemporáneo, que busca adoctrinar, señalar, determinar y persuadir a través de sus personajes de ficción, mensajes y/o discursos mediáticos, las nuevas tendencias, condiciones, valores y patrones de vida para la población. Se trata de las empresas comerciales que han implantado toda una industria cultural para sus fines de lucro; industria que tiene su fundamento en la creación permanente de “necesidades” de consumo, necesidades superfluas que por medio de trampas psicológicas, se muestran como salvadoras de los intereses esenciales de la vida y de la prosperidad plena del ser.

La incidencia de estos Medios para el caso de los niños, ajena a cualquier tipo de responsabilidad social frente a la infancia, ha sido denominada por Bustelo como “Capitalismo Infantil”, entendido como la mercantilización de los niños a modo de consumidores y dinamizadores del consumo, en el que operan el gran dispositivo de la industria cultural y del entretenimiento, escondido en los rasgos de la inocencia propios de la infancia (Bustelo, 2011).

Desde que se encuentran en el vientre materno, el bienestar de los niños se vende y se compra en diferentes marcas y artículos representados en modas, juguetes, productos para el hogar, servicios, etc., que coadyuvan a la “calidad de vida” y al desarrollo tanto personal, como familiar. No es sino ver una franja de televisión para que se pueda analizar el enfoque de los niños como nichos de mercado, consumidores reales o potenciales.

Sólo imaginemos que antes que un niño tenga contacto con la escuela, o incluso con alguna introducción sistemática a la religión, habrá visto más de 30.000 anuncios publicitarios y que el tiempo utilizado para verlos es mayor que todo el tiempo necesario para completar la escuela secundaria. Y esto es sin estimar el tiempo que se dedica a todos los aspectos asociados al entretenimiento (Bustelo, 2011, pp. 61-62)

El capitalismo infantil, tiene bajo la máscara de la diversión y el esparcimiento, una visión apolineocentrista de los niños, en la que ahora predomina la razón del capitalismo, la razón consumista, que tras una apariencia más cordial e incluyente, busca capturar su atención con el

fin de generar nuevas dinámicas de poder que respondan a las necesidades de la compraventa de bienes y servicios. El niño ya no se forma para ser el adulto del mañana, el buen ciudadano que pretendió la Modernidad; el niño se forma para ser el consumidor de hoy, el garante del mercado del mañana.

Con el capitalismo infantil entonces, ocurre una situación similar a la que evidencia Narodowski con las TIC, estableciendo un parangón encontramos que a él tiene acceso la infancia hiperrealizada; los niños que no están envueltos en esta distinguida red de consumo, son aquellos que sufren de las desigualdades sociales y económicas, son aquellos que han sido admitidos en esta época contemporánea desde su diversidad, pero que paradójicamente aún no se les da los recursos propicios, a los que por demás tienen derecho, para transitar dignamente por su niñez. Niños que constituyen las infancias relegadas, las infancias desrealizadas, en quienes su esencia dionisiaca permanece intacta aunque continúe entristecida, siempre con la esperanza de mejores alternativas.

Ahora bien, la incursión de las tecnologías de la información y los Mass Media en las dinámicas sociales, llevo a plantear a Deleuze (1999), siguiendo la línea trazada por Foucault, el paso de la *sociedades disciplinarias* que se había consolidado hasta la Modernidad a la *sociedades de control*, en las que el poder tiene formas más sutiles que recurren a las aspiraciones, los deseos y las búsquedas de autorrealización y bienestar de los sujetos, circunstancias que aprovecha la industria cultural para fabricar estereotipos o estilos de vida ideales, que impresionan a los niños para promover antes que nada, el consumo.

Ahora, el instrumento de control social es el marketing, y en él se forma la raza descarada de nuestros dueños. El control se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida, aunque también de forma continua e ilimitada, mientras que la disciplina tenía una larga duración, infinita y discontinua. El hombre ya no está encerrado sino endeudado. Sin duda, una constante del capitalismo sigue siendo la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para endeudarlas, demasiado numerosas para encerrarlas: el control no tendrá que

afrontar únicamente la cuestión de la difuminación de las fronteras, sino también la de los disturbios en los suburbios y guetos (Deleuze, 1999, p.253).

Con este horizonte, se confirma la propuesta de varios de los investigadores en las temáticas de infancias¹⁶, dirigida a señalar que ya no es solamente la familia y la escuela los encargados directos del proceso de socialización de los niños, sino que también entran en concurso las tecnologías y los medios masivos de comunicación, imponiendo un matiz diferencial a las construcciones individuales y colectivas de y hacia las infancias.

En la actualidad el proceso de socialización infantil es concebido como un proceso complejo y multidireccional. La escuela, la familia, la iglesia, los medios de comunicación cohabitan el campo cultural y libran cotidianamente luchas materiales y simbólicas. Analizar las representaciones publicitarias de infancia es, entonces, un primer paso para comprender cómo la concepción de niño/niña “consumidor” construida desde la lógica del “negocio” convive con las nociones de “menor”, “alumno”, “ciudadano”, “hijo” o “feligrés” apuntalados desde el derecho, la pedagogía, la política, la filiación parental o religiosa. (...) Los anuncios comerciales de productos masivos destinados a la niñez transitan, nutren, se nutren y articulan con otros tantos discursos de circulación social fortaleciendo o debilitando ciertas cosmovisiones de niñez (Carli, 2006, pp.212-213).

La multidireccionalidad de este proceso, conlleva como ya habíamos sugerido, la emergencia de nuevas subjetividades e identidades infantiles, que entran en conflicto con las concepciones apolineocentristas de los adultos y las instituciones que ellos representan; el Estado, la familia y la escuela se muestran frente a esta realidad como instituciones estalladas, expresión empleada para expresar que estas instituciones “no estallaron, ni están estalladas. Son estalladas. Funcionan de un modo particular. Presentan una suerte de desfondamiento institucional que es difícil de teorizar” (Fryd et al., 2011, p.36)

¹⁶ Algunos de ellos: Sandra Carli, Eduardo Bustelo, Cristina Corea, Ignacio Lewkowicz, Sh. R. Steinberg, J. L. Kincheloe.

Este funcionamiento y desfundamiento de las instituciones al que se refiere el autor, les orienta un accionar ambiguo e incierto, producto de sus propias crisis internas ocasionadas por la irrupción de nuevas prácticas sociales en su configuración, que han empezado a cuestionar y hacer tambalear su aparentemente inquebrantable pensamiento fuerte, que las mostraba como instituciones sólidas e infranqueables; entre ellas el hecho de verse enfrentadas a sufrir la pérdida de la posición anteriormente privilegiada frente a los niños, que hoy en día son esquivos a su total dominio, así las cosas:

Estamos entonces entendiéndonos con una familia desorganizada en su lógica interna, oprimida desde la economía y colonizada por los medios masivos de comunicación y la industria cultural. Pero son estos últimos los que de forma primordial aseguran el rol biopolítico de la transmisión.

(...) La escuela también se encuentra largamente superada en el conjunto de las preferencias y prioridades con que los medios forman la subjetividad de los niños, niñas y adolescentes, quienes tienen un nivel de exposición a la televisión, los videojuegos y el entretenimiento mucho mayor que el tiempo institucionalizado de la escuela. Ahora, entonces prima el consumidor sobre el alumno y la escuela vaciada de contenidos deviene en galpón (Bustelo, 2011, pp. 82-83).

Sin embargo, la perspectiva de las instituciones frente a los paradigmas emergentes por los que cruzan las infancias, lejos de eximir las de compromisos, les plantea nuevos retos para afrontar con argumentos renovados estas situaciones, ya que los niños siguen siendo para los adultos una responsabilidad que los trasciende, una responsabilidad que ya no se orienta a construir para otros, sino a construir en participación con otros, con los niños y niñas, nuevas formas y dinámicas sociales.

Algo está cambiando, tal vez definitivamente, en nuestra infancia (...) ¿dónde estamos nosotros? Los adultos, sus educadores, tratamos infructuosamente de reconstruir ese espejo en el que se reflejaba nuestra racionalidad. Pero nos estamos empezando a dar cuenta de que esto ya no es del todo posible. En algún punto ese espejo se rompió y sus partes han estallado devolviéndonos imágenes

que ya no nos permiten reconstruirnos a nosotros mismos desde nuestros orígenes. Por el contrario, mirar hacia el mundo de los chicos, volviendo a Rushkoff, no significa retrotraernos nostálgicamente hacia nuestro propio pasado, como hubiera ocurrido antaño. Mirar hacia el mundo de los chicos implica mirar para adelante: ellos son nuestro propio futuro o, más simplemente, nosotros seremos ellos (Narodowski, 2013, p.35).

Recapitulando, se puede decir que los innovadores matices que ha traído consigo la sociedad contemporánea, implican importantes rupturas en la concepción apolineocentrista del mundo, que han dado cabida para el eterno retorno de Dionisio a través de la creciente aceptación del punto de vista de un pensamiento débil, que genera otros discursos, posibilidades y reconocimientos diferentes e ilimitados para y entre niños y adultos. “Nuevos caminos recorro, un nuevo modo de hablar llega a mí; me he cansado, como todos los creadores, de las viejas lenguas. Mi espíritu no quiere ya caminar sobre sandalias usadas” (Nietzsche, 2012, p 151).

Esta nueva perspectiva social propicia lo que hemos denominado el surgimiento de un tercer sentimiento hacia la infancia, cuyos puntos de partida han sido principalmente la CIDN y el reconocimiento de la heterogeneización socio cultural de la infancia, cuya ocasión ha sido analizada por diversos autores teniendo en cuenta factores como el acceso a las TIC, la incidencia de los medios masivos de comunicación y la industria cultural que han derivado en un capitalismo infantil.

Frente a estos factores, las infancias se encontrarían en dos extremos, las que tienen acceso a ellos y las que no. Para las primeras se puede establecer el predominio de la sociedad de control de la que habla Deleuze, el biopoder ya no está centrado en el *régimen del estado* sino en el *régimen empresarial*, ya no se moldean los cuerpos como en la sociedad disciplinar, sino que se modulan las mentes a través de un proceso continuo, cambiante e inacabable (Deleuze, 1999), que conlleva otras formas de subjetividad e identidad en el individuo, diferentes a las establecidas hasta la Modernidad; especialmente esta situación repercute en el niño quien recibe permanentemente cantidades de información y contenidos de todo tipo que le señalan estereotipos sociales y comportamiento asociados al consumismo.

Por su parte, las infancias que están expuestas indirectamente a estos factores o carecen de los medios o recursos para acceder a ellos, no solamente se encuentran segregadas, sino también sin las condiciones necesarias que les permitan vivir estos años de su vida en ambientes decorosos. Sobre estas infancias se podría decir que han sido estigmatizadas por encontrarse en una situación de riesgo social que les ha sido impuesta; son infancias des-institucionalizadas, infancias en situación irregular, como se les denominó en la época pasada, que también construyen su subjetividad e identidad de acuerdo a sus experiencias, bajo sus propios regímenes, que con frecuencia entran en conflicto con los otros establecidos por la sociedad.

(...) el riesgo social se encuentran con matices, aquellos niños –menores- con familia desintegrada, con dificultades vinculares, con una madre abandonica o un padre ausente, que no lograron apoyar la culminación del sistema educativo de sus hijos, que no dispusieron la contención necesaria para evitar situaciones de calle, el consumo problemático de sustancias psicoactivas, la venta callejera, la mendicidad, la prostitución (...) (Fryd et al., 2011, pp. 29-30).

Desde estas dos perspectivas, parece entonces que las infancias entran, según lo denomina Agamben (2003), citado por Bustelo (2011) en un “estado de excepción” en la que analiza “la ambigüedad constitutiva del orden jurídico por el cual éste parece estar siempre al mismo tiempo afuera y adentro de sí mismo, a la vez vida y norma, hecho y derecho” (pág. 113); es decir, que en el caso de las infancias se mantiene un espacio paradójico, en el que si bien están visibilizadas por el derecho, simultáneamente, no hay disposiciones claras para coadyuvar con su adecuada protección y promoción, y es precisamente desde este espacio por donde siguen los atropellos, el poder arbitrario de todas las instancias sociales y de los regímenes establecidos hasta ahora por los adultos. El estado de excepción, es pues, el estado general de todas las infancias contemporáneas (Minicelli, 2010).

Analicemos cómo el niño legislativamente reconocido como sujeto de derechos, en su entorno cotidiano está expuesto a una serie de situaciones que impiden o siguen opacando su nombramiento. En el caso Colombiano, el Estado no ha fomentado políticas claras y concretas con relación a su formación en ciudadanía, pilar indiscutible de su visibilización real en la

sociedad; los programas que sobre este aspecto existen, siguen la lógica apolineocentrista de la instrumentalidad, que refuerzan las intenciones gubernamentales relacionadas con el modelo de crecimiento económico y desarrollo social, ligadas a la firma de tratados y a la adhesión a organismos multilaterales que necesitan la formación de sujetos replicadores del modelo.

El saber, el poder y la subjetividad sobre las que teorizó Foucault en diferentes momentos de su obra, se reflejan en las dimensiones históricas, institucionales e individuales de la sociedad actual, por medio de los discursos y dispositivos que entrañan los referentes legales para la infancia, desde la misma CIDN, sumado a las crisis que atraviesan las instituciones tradicionales y las cosmovisiones anteriores y recientes que se mezclan en las dinámicas sociales, para tejer los procesos de subjetivación y de relaciones intersubjetivas entre adultos y niños, que son posibles en el espacio de estas instituciones.

Por los motivos anteriores, la situación de la infancia se vuelve un campo complejo e interdisciplinario, un campo de tensión, en el que participa las organizaciones no gubernamentales y el Estado. Las primeras proponen la privatización de los programas de atención y cuidado para los niños y las niñas, mientras que el Estado jalona desde las políticas públicas, la intervención de la institucionalidad-adulto en relación con la niñez a través de sus programas sociales. No obstante, los dos muestran una tendencia “impresionista”, que encierran estrategias basadas en criterios exclusivamente subjetivos, sin un soporte técnico o teórico de fondo, amparado en el nivel de las creencias, desde donde se fomenta relaciones de poder y autoridad que continúan al servicio de la sumisión. Los adultos asumen los espacios de dominancia sobre el niño desde un dispositivo psi, para enmascarar la realidad heterogénea de la infancia, haciendo caso omiso de las nuevas concepciones y reconocimientos que desde el campo social se viene haciendo en este aspecto. (Llobet, 2010)

Clasificar, casificar, tipificar, afectivizar y familiarizar, se convierten entonces en posiciones frecuentes, desde las que se hace lectura del niño, que conllevan actuaciones con estrategias de control, que una vez más no permiten su visibilización y el despliegue pleno de sus potencialidades, para formarse como un ser autónomo y crítico frente a su entorno. (Llobet, 2010).

En razón a lo expuesto, es imperiosa la necesidad de revisar y ajustar la perspectiva biopolítica del derecho para la infancia, profundizar sobre las objeciones que investigadores como Bustelo plantean a la CIDN y reorientar las legislaciones y políticas públicas en favor de todas sus dimensiones de realización presente y desarrollo futuro, con el objetivo que no queden resquicios por donde puedan continuar infiltrándose impunemente tales atropellos en su contra, como lo hemos visto con las infancias hiperrealizadas y desrealizadas que comenta Narodowski, quienes representan solo unos ejemplos de las situaciones que en mayor o menor grado viven las demás.

Todas las infancias están constituidas por niños y niñas que indistintamente de sus condiciones y coyunturas vitales, tienen algo en común, su esencia dionisiaca, que como se ha visto, empieza a mostrarse en el plano real de las tensiones entre niños y adultos de la contemporaneidad. Si bien es cierto que el contexto social es complejo, tanto por su pluralidad de interpretaciones, como por sus escollos, no es para nada utópico pensar y plantear que desde el pensamiento del eterno retorno que se presenta con fuerza en estos momentos, podamos encontrar nuevas maneras de comprensión de estas múltiples realidades humanas... infantiles, con el propósito de producir redes de sentido que acerquen las prácticas adultas, con las reales necesidades, intereses y metas de las nuevas generaciones.

La época contemporánea ha empezado a gestionar en favor de la infancia el principio de legalidad, ahora debe continuar fortaleciendo el principio de oportunidad, admitiendo su tiempo, su lugar en la sociedad. Si como resultado de los sentimientos de la Modernidad, la infancia se reconoció como una categoría social, el llamado para esta época contemporánea, es que a partir de este tercer sentimiento que ha empezado a surgir, también se reconozca la infancia, como categoría histórico-política de la vida y desde allí, se pueda empezar a replantear la esencia misma de la existencia del hombre.

En el marco de este panorama contemporáneo, se salvaguarda entonces para la humanidad, la posibilidad de la segunda transformación del espíritu humano de la que hablaba Zaratustra, el paso “camello” a “león” que lucha por lo que quiere, que encara la vida desde otros talentos del

que emergen sus propias verdades y realidades, diferentes y ajenas a las del mundo apolineocentrista que lo venía subyugando.

Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar libertad como se conquista una presa y ser señor de su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios, con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria.

¿Quién es el gran dragón al que el espíritu no quiere seguir llamando señor ni dios? “Tú debes”, se llama el gran dragón, pero el espíritu del león dice “Yo quiero”.

“Tú debes” le cierra el paso, brilla como el oro, es un animal escamoso, y en cada una de sus escamas brilla áureamente “Tú debes”.

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: “todos los valores de las cosas - brillan en mí”..

“Todos los valores han sido ya creados, y yo soy – todos los valores creados. ¡En verdad, no debe seguir habiendo ningún “Yoquiero”! Así habla el dragón.

Hermanos míos, ¿Para qué se precisa que haya el león en el espíritu? ¿Por qué no basta la bestia de carga que renuncia a todo y es respetuosa?

Crear valores nuevos – tampoco el león es aún capaz de hacerlo: más crease libertad para un nuevo crear - eso sí es capaz de hacer el poder del león.

Crease libertad y un no santo, incluso frente al deber: para ello, hermanos míos, es preciso el león.

Tomarse el derecho de nuevos valores – ése es el tomar más horrible para un espíritu de carga y respetuoso. En verdad, eso es para él robar, y cosa propia de un animal de rapiña. En otro tiempo del espíritu amo el “Tú debes” como su cosa más santa: ahora tiene que encontrar ilusión y capricho incluso en lo más santo, de modo que robe el quedar libre de su amor: para este robo se precisa el león (Nietzsche, 2012, pp. 66-67).

***EL REENCUENTRO ENTRE APOLO Y DIONISIO: RESIGNIFICACIÓN DE LAS
RELACIONES ADULTO-NIÑO EN LA VIDA COTIDIANA***

*Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego,
una rueda que se mueve a sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.
Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí:
el espíritu quiere ahora su voluntad,
el retirado del mundo conquista ahora su mundo”*

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra (2012)

En el camino recorrido, se ha podido considerar cómo los albores la sociedad contemporánea son tiempos, en el que a diferencia de las épocas anteriores, se empieza a pensar, a hablar y a actuar con relación a los niños desde su singularidad, tiempos de cambios y desafíos que cuestionan, pero también alientan el devenir del hombre y de la humanidad. Tiempos que con ímpetu presagia la aparición de Dionisio en escena.

Son tiempos entonces, que el hombre ponga en comunión el pensamiento del eterno retorno con su voluntad creadora para continuar buscando nuevas formas de interacción entre adultos y niños, ya no solamente con la única visión de los primeros, sino con la visión integradora y trascendente de ambos; de tal manera, que conjuntamente puedan construir y deconstruir, recrear y transmutar las creencias y los valores que median las maneras, concepciones y discursos de sus interacciones en la vida cotidiana.

Son tiempos para que en el escenario se encuentren en armonía Apolo y Dionisio dando cuenta de cómo del último hombre, nace el hombre nuevo. Este es el desenlace de la transmutación de todos los valores tal como lo predijo Zaratustra. El adulto, renovado desde la intimidad de su ser, resignificado y re-sentido en su propia infancia, dispuesto a encontrarse con el otro, con el niño que tiene delante de sí, que ahora puede expresar sin temor su natural esencia;

obrando en coherencia con ese tercer sentimiento que en esta época, se ha despertado hacia la infancia.

La difícil relación que entre lo apolíneo y lo dionisiaco se da en la tragedia se podría simbolizar realmente mediante una alianza fraternal de ambas divinidades: Dionisio habla el lenguaje de Apolo, pero al final Apolo habla el lenguaje de Dionisio (Nietzsche, 2009, p.82)

EL MITO EN LA VIDA COTIDIANA: CREENCIA Y RESIGNIFICACIÓN

Esta época como ninguna otra, ha mostrado la existencia de una realidad particular, especialmente subjetiva, simbólica y representativa que subyace a las acciones de sus protagonistas y que necesita ser discernida, teniendo en cuenta las significaciones individuales, sociales y culturales, en las que están inmersos en su vida cotidiana.

La vida cotidiana es la vida del hombre entero, es decir, en la vida cotidiana el hombre participa con todos los aspectos de su personalidad (...) La vida cotidiana no está fuera de la historia sino está en el centro del acontecer histórico, “es la verdadera esencia de la vida social” (...) la vida cotidiana es la vida del individuo pero caracterizado como particular y específico, singular en su unicidad e irrepetibilidad. (...) La vida cotidiana es así mismo el ámbito donde al jugarse el hombre entero, tiene la posibilidad de emanciparse o por el contrario sufrir un proceso de extrañación (Rey, 1987, p.27).

En este sentido podemos inferir cómo la vida cotidiana está anclada en la realidad social, en la que confluyen dos mundos, el externo y el interno, el de Apolo y Dionisio. El primero, es delimitado, material, observable; el segundo, cobija todo el horizonte de la interioridad humana, en él tienen asidero los pensamientos, las emociones, las ideas, aprendizajes; en otras palabras, las representaciones que del mundo externo tienen los individuos, dimensionados desde sus intimidades, procesos de socialización, patrones culturales, entre otros.

El mundo de la vida cotidiana no solo se da por establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es en un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones y que está sustentado como real por estos (Berger, P. & Luckmann, 1995, p.37).

Es entonces en el sobrevenir de este mundo de la vida cotidiana donde toma fuerza el pensamiento del eterno retorno, ese volver a pensar para resignificar, que representa la oportunidad de volver a concebir para construir nuevas maneras de relacionarse, no solamente con los otros, sino también y de manera importante consigo mismo. La resignificación implica un proceso dialéctico para explicar y reconciliar la mirada disociada de las experiencias pasadas y presentes; por tal motivo, a partir de ella es posible la transformación de representaciones, percepciones, ideas, creencias, que se gestan en el mundo interno y que se proyectan hacia el exterior.

En la comprensión que nos atañe, la resignificación de las relaciones adulto-niño, exhorta a la revisión de las creencias que hemos venido manteniendo con respecto a los niños, cuyo origen, según se ha mostrado en esta investigación, tiene un carácter antropológico heredado de las cosmovisiones apolineocentristas de los griegos. Estos elementos transmitidos y moldeados culturalmente, han permitido que las proposiciones adultas que se tienen con relación a las infancias, se acepten como ciertas, siguiendo la lógica, las razones sociales y emocionales que las mantienen, aún a pesar de las evidencias encontradas, insuficientes o nulas en que se funda su razón de ser.

Las creencias que desde la antigüedad se vienen gestado hacia los niños, han sido entonces el suceder insistente del pensamiento cotidiano hasta nuestros días, la gran asimetría adultocéntrica, como la representa Bustelo en el siguiente cuadro:

Adulto	Infancia
Maduro	Inmaduro
Racional	Emocional (irracional)
Autónomo	Dependiente
Mayor	Menor

Autoridad	Obediencia
Competente	Incompetente
Completo	Incompleto
Público	Privado
Cultura	Naturaleza
Independiente	Dependiente
Trabaja	Juega
Actor	Objeto
Visible	Invisible
Fuerte	Vulnerable
Formado	Maleable

Fuente: Bustelo, E. Notas sobre infancia y teoría: un enfoque latinoamericano, 2012, p.289.

Las creencias hiladas alrededor de esta asimetría, han impedido el reconocimiento de las contradicciones que con seguridad ocurrieron a lo largo de la historia, pero cuyo abierto debate se empieza a gestar en esta época contemporánea, donde se aprecia un giro en beneficio de las infancias desde las propuestas normativas, académicas y de algunos sectores. No obstante, la razón apolínea aún tiene gran justificación en las dinámicas sociales coexiste como una tendencia abierta o solapada para construir postulados que mantengan las creencias tradicionales sobre la infancia y aclararen las discordancias en el sistema ordenado y aparentemente coherente del pensamiento adulto.

Ejemplos concretos de lo anterior, los podemos apreciar en el caso de las mal llamadas “infancias en situación de riesgo”, o en el caso del capitalismo infantil, que ejerce deliberadamente control sobre el niño con el fin de modularlo para el consumo.

Ahora bien, el pensamiento del eterno retorno, el pensamiento débil, nos ha revelado que las creencias que en principio admiten las personas, son susceptibles de desecharse o transformarse, junto con el sistema de valores que cada una cultiva, esto se presentan gracias a la incorporación de nuevos conocimientos y aprendizajes, análisis de la propia actuación, definición de estilos de vida y sucesos significativos. Esta característica de las creencias para mantenerse o modificarse, es lo que permite que se conciban como el espacio donde es posible las ilusiones, los contrasentidos, los tránsitos, en que se crean y se recrean las dimensiones

personales y colectivas de la vida del hombre, a través de las experiencias y matices propios de su subjetividad.

Mannoni (1964), analiza cómo en las creencias existen tres tipos de continuo desplazamiento: uno, relacionado primariamente con el deseo y el privilegio individual; dos, relativo a la factura social que valida la existencia de modelos o patrones establecidos por el grupo que el individuo sigue o conserva tras el deber ser social y tres que constituye un espacio intermedio en el que confluyen los dos anteriores, un enlace de elementos que pertenecen al deseo y a la norma, que coexisten sin discrepancias, porque al demostrar esta discrepancia favorecen transformaciones en el pensamiento y en las relaciones de los sujetos.

Con base en la propuesta de Mannoni, se puede establecer que las creencias se constituyen como el texto y el contexto en el cual es posible la paradoja que permite que el mundo interno y el mundo externo se expresen sin entrar en contradicción, como el reencuentro entre Apolo y Dionisio; así da oportunidades para la resignificación de las experiencias humanas relacionadas con la infancia, con los niños, en tanto se organizan como el espacio transicional facilitador de reflexión, de encuentro y de posibilidad de cambio de la realidad interior, para dar paso a nuevas comprensiones y actuaciones. Desde este espacio generoso de las creencias, es probable empezar a escuchar la voz de la niñez vivida, la voz del adulto que la contiene y reconciliarla con la voz del niño presente, con la voz del niño ausente.

Es necesario para ello optar por el eterno retorno, por ese volver a pensar lo ya pensado para asumir con una intencionalidad de transformación, el alcance del propio protagonismo que como adultos tenemos, con relación a la creencia del dominio sobre el niño. La creencia vista de esta manera propone un ejercicio de pensamiento reflexivo permanente, de apertura al diálogo, de interrogarse mutuamente para apropiarse de las posibilidades de cambiar la forma acerca de cómo pensamos las situaciones o fenómenos de las realidades sociales; así mismo, se forja la idea del sujeto participante como actor social y como tal, un sujeto con capacidad innovadora y transformadora de nuevas prácticas de relación, de resignificación, de creación de sentidos.

La creencia entonces necesita apoyarse en la *voluntad de poder* a la que se refirió Nietzsche, para validarse como ese espacio de transición y de resignificación. La voluntad de poder tiene una dimensión individual, no es dominación o victoria sobre el otro, es voluntad creadora de los valores, es la vida en sí misma, es la voluntad de transmutar y trascender, sin la pretensión de buscar la verdad, en tanto la verdad para el Filósofo, es un error. En este sentido, podemos interpretar que no existe entonces una verdad suprema, existe la verdad como valor, existe como “posición de valores”, que incorpora las diferentes perspectivas para fortalecer la vida que engendra esa voluntad de poder.

Desde esta reflexión, la voluntad de poder está en cada uno, en niños y en adultos, como potencia creadora que impulsa al ser humano a expandirse y a afirmarse; no es entonces la perspectiva adultocéntrica la que debe dominar el niño en la construcción de relaciones adulto-niño, esta es la verdad suprema que hay que empezar por cuestionar y resignificar, en tanto el niño, así como el adulto es portador del valor de la verdad. Los dos tienen algo que decir desde sus diferentes niveles, por lo cual hay que propiciar la ruptura de la paradoja que se fundamenta sobre la creencia social del niño como sujeto, en condiciones no diferentes, sino inferiores a las del adulto.

EL DITIRAMBO

El eterno retorno afirma la vida y expresa la voluntad de poder en el dos veces nacido, el adulto.

En el ditirambo dionisíaco el hombre es estimulado hasta la intensificación máxima de todas sus capacidades simbólicas; algo jamás sentido aspira a exteriorizarse, la aniquilación del velo de Maya, la unidad como genio de la especie, más aún, de la naturaleza” (Nietzsche, 2009, p.19).

El doble nacimiento representa que el adulto se libere del lastre de las creencias apolineocentristas que han mediado su relación con la infancia, con su infancia, esto conlleva a

una reconciliación con su propia historia de vida en estos años. Diego Pollit Corral¹⁷, aporta a este discernimiento la necesidad de *re-sentir* la infancia, es decir, la necesidad de que el adulto pueda recordar, recuperar, sentir una vez más su propia experiencia de ser niño y con ella, sus intereses, preferencias, inquietudes y destinos, en correlación con la manera en que estableció vínculos e interiorizó esquemas del mundo a partir del contexto social en que se hallaba inmerso, sus pares y los adultos significativos; circunstancias que en últimas, instauran referentes cotidianos (individuales, colectivos, oficiales y éticos), a partir de los cuales se orientan los sentidos de las relaciones con el otro (Pollit, 2014).

Re-sentir la infancia, invita a revisar las creencias con las que hemos crecido con el propósito de resignificarlas; en otras palabras, recurrir a nuestra voluntad de poder para generar nuevos senderos de comprensión en los que se reconozca que este tiempo de la vida, tiene sus propias dinámicas de expresión, no solamente diferentes sino también válidas, que se exteriorizan y se reconocen en la cotidianidad, en las relaciones con el otro; relaciones en las que tanto niños como adultos están convocados a ser autores y actores de la construcción de sus propias vidas, de la convivencia y dinámica social.

Re-sentir y Resignificar, movilizan dispositivos de transformación del hombre frente a sí mismo y a sus semejantes, da la posibilidad de configurar un nuevo valor interpretativo a partir del cual se puedan atender las diferencias y pluralidades que acojan la esencia de ese otro que es el niño, en un encuentro genuino en el que se le devuelva su lugar dentro de la estructura social y se le reconozca como un sujeto político, que puede ser alteridad porque se encuentra contenido en el adulto, en su cosmovisión, en su subjetividad, en su discurso y en sus prácticas cotidianas individuales, colectivas e institucionales. Re-sentir y Resignificar son los principios en los que subyace la posibilidad para el renacer del adulto, quien ahora toma el tirso en sus manos, símbolo de la abundancia de la vida, para junto con el niño, rendir tributo a Dionisio.

Con este segundo nacimiento, se da un sí eterno y absoluto al presente, a la vida y a la existencia. Llega el momento de la trasmutación definitiva de la que nos hablaba el profeta de la

¹⁷ Antropólogo investigador ecuatoriano reseñado en varios artículos como el Padre del movimiento por el Buen Trato en Latinoamérica, ha trabajado intensamente en su país en favor de la infancia y la legitimación de sus derechos en los discursos y las prácticas sociales. Con frecuencia visita a Colombia, para apoyar la gestión de la Asociación Afecto contra el Maltrato Infantil de la cual es miembro activo, a través de la realización de conferencias y encuentros con diferentes comunidades.

vida, en la que el hombre abandona su “vieja sabiduría fiera” y recorre frenéticamente el duro desierto en busca de un suave césped donde descansar:

Pero decidme, hermanos míos, ¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el retirado del mundo conquista ahora *su* mundo.

Tres transformaciones del espíritu os he mencionado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño. —

Así habló Zaratustra. Y entonces residía en la ciudad que es llamada: La Vaca Multicolor. (Nietzsche, 2009, pp.67-68).

A partir de esta tercera y última trasmutación, se encarna el superhombre nietzscheano, el hombre que ha recuperado su esencia y se muestra bajo un signo de inocencia que es el niño, abierto y dispuesto a nuevos rumbos; en él se personifica la voluntad de poder que desata su libertad creadora, que enaltece los valores supremos y se repliega ante ellos para proyectarse ahora, en la construcción de nuevas formas de relacionamiento adulto-niño.

Como lo anunció Zaratustra, el “nuevo hombre” reemplaza al “último hombre”. Como resultado del eterno retorno, regresa a sus orígenes presocráticos para redimir tantos siglos de religión, ciencia, filosofía...hegemonía y dominación. Transformada la creencia, existe la posibilidad de construir con el otro, para y desde diversas comprensiones, vincularse en los espacios sociales y cotidianos que comparten.

EMPEZAR... SIGUIENDO

Las estructuras de poder sobre los niños, han estado presentes como fines a lo largo de la historia de la humanidad hasta la Modernidad, orientadas desde las posturas apolineocéntricas heredadas

de los griegos, que han limitado la posibilidad de comprensiones diversas e incluyentes con relación al reconocimiento del niño como persona, con capacidades y desarrollos propios independientes del adulto que lo acompaña o en el que se le obliga a proyectar. Tal como ha pasado con Dionisio, el niño ha permanecido postergado tras la luminosa apariencia de Apolo, que ciega otras posibilidades de “ver”, de percibir y discernir la realidad social más allá de los dogmas establecidos.

En retrospectiva estas dificultades para el reconocimiento del otro, del niño, han facilitado su sujeción a los mecanismos de dominación y control de cada época de la humanidad, siguiendo el discurso de Foucault, como “Juegos de verdad”, estrategias y tecnologías de biopoder tras las que priman los intereses, los dogmas y los metarrelatos, por encima de la vida misma y la realización plena del hombre. De esta manera se instaura una sociedad disciplinaria que recientemente se transformó en una sociedad de control, con mecanismos de operación diferentes, pero cuyos objetivos atienden a la lógica del poder, en tanto éste representa sometimiento a sistemas o imperativos. Bajo esta óptica, la sociedad disciplinaria se encargaba de fomentar “cuerpos dóciles”, ahora, la sociedad de control pretende “mentes dóciles”.

No obstante, en medio de esta dinámica, durante los últimos años se ha tenido una tendencia al cambio en las concepciones del hombre y del mundo occidental, en las que el pensamiento apolineocentrista se ha ido relegando a un segundo plano; este cambio ha transitado de un pensamiento fuerte a un pensamiento débil, dando la posibilidad para el eterno retorno nietzscheano, aspecto que se ha constituido en un avance fundamental para empezar a generar otras propuestas de sentido, interacción y convivencia entre niños y adultos.

Desde esta nueva condición, se fortalecen renovadas miradas y posturas con respecto de la infancia que dejan en el limbo muchas de las creencias que hasta ahora se tenían sobre ella; sin duda, la contribución de la CIDN es un paso fundamental así como el reconocimiento de su pluralidad, lo cual ha permitido plantear, en continuidad con la línea propuesta por Ariès, la emergencia de un *tercer sentimiento hacia la infancia*, que a diferencia de los dos anteriores, se espera pueda sentar bases reveladoras para que ésta se reconozca no solo como categoría social, sino también como categoría histórico-política de la vida del hombre.

Es clave entonces explicitar que los aspectos que involucran el surgimiento de este tercer sentimiento, preceden un proceso lento de transformación en las concepciones y formas de interacción con la infancia, desde los andamiajes institucionales representativos de las cosmovisiones adultas, señalando los pasos iniciales de una ruta que ojalá permita asumir realmente la emancipación de la infancia de la lógica dominante del adulto, en tanto se logre acortar la brecha existente entre el decir y el hacer, entre los discursos políticos y sociales que reconocen al niño como sujeto de derechos y la legitimación de este reconocimiento en las prácticas e interrelaciones cotidianas con él, en las que no solamente se inserte el principio de legalidad, sino también el de oportunidad.

Así las cosas, estos pasos iniciales, para replantear la lógica de las ideas y creencias predominantes sobre la infancia como estado inferior de la vida del hombre e invalidado socialmente, requiere seguir avanzando para pasar de la concepción a la comprensión del niño, la comprensión que va más allá de la claridad desde el discurso o la razón, y brota fundamentalmente desde la interioridad del Ser adulto para aceptarlo como otro, interlocutor válido, con el que pueda interactuar a partir de una actitud tolerante y respetuosa de su diferencia, autonomía y desarrollo particular.

Es entonces menester desde esta propuesta, trabajar a partir de las creencias que a lo largo de la historia se han ido entretejiendo con relación al niño y que aún se conservan en los imaginarios de los adultos, creencias que de acuerdo a Mannoni, se desplazan entre el deseo y el orden y que al confluir estos dos, generan un espacio intermedio que invoca el pensamiento del eterno retorno y propicia volver a pensar sobre lo vivido, sobre lo presente, para resignificar estas experiencias en favor de una actitud profunda y transformadora de las relaciones consigo mismo y con el otro.

De esta manera, el espíritu del hombre puede alcanzar su trasmutación final para su realización plena y en compañía de otros. El espíritu del hombre retorna a sus orígenes, al niño, para recuperar su capacidad de crear y de resignificar lo que cree, deja de priorizar lo último por primero y reconoce que es precisamente en lo primero donde está el fundamento del Ser. Con esta trasmutación, rescata su esencia dionisiaca y permite que ésta se ubique al mismo nivel que

la apolínea, con el propósito de lograr una armonía entre sus pensamientos, emociones y actuaciones, ese *Uno Primordial*, en el que la vida es juego y arte, en el que lo apolíneo se funde con el proceso artístico y lúdico que es lo dionisiaco, en el que se testifica con intensa alegría la vida.

Estos apuntes en coherencia con la teoría sociológica de la infancia argumentada por Bustelo (2011), llevarían a buscar la emancipación infantil y no la justificación de su situación material, a partir de lo cual es posible crear, pensar, inventar la infancia como otro comienzo discontinuo de la lógica arbitraria del adulto; entonces la relación adulto-niño no queda ya supeditada a la pura transmisión e introyección de procesos socio-culturales y de conocimientos, que eliminan el carácter diacrónico que inserta la infancia en la temporalidad humana, sino que en conciliación con la dicotomía Apolo-Dionisio, integra también la sincronía-diacronía y heteronomía-autonomía, para identificar lo que corresponde desanimar o animar en los procesos de formación del niño, quien a partir de este hecho se reconoce como alteridad del adulto y deja de ser el simple reproductor de la práctica social.

Sí como sociedad contemporánea propendemos en justicia por una cultura en favor de las infancias, estamos obligados a promover su participación, para lo cual, se requiere que el poder como fin, sea depuesto por la voluntad de poder con el objetivo de instituir otras creencias, representaciones e interacciones entre los adultos y los niños, que trasciendan las prácticas sociales e institucionales; de esta manera se puede empezar a disminuir la brecha entre los discursos y las prácticas, pero también generar una zona intermedia en la que, precisamente por un compromiso de diálogo legítimo (en analogía a la *parrhesía*, de la que habla Foucault, señalado por Bustelo, 2011), el discurso del niño y del adulto se pueda constituir en práctica social para generar a su vez, otros elementos que no necesariamente deban estar insertos en este discurso y que por tanto lo puedan re-crear una y otra vez en un devenir eterno.

De esta manera en las relaciones cotidianas entre adultos y niños, no solamente se acoge el elemento instituido, sino también el instituyente, que es la voz del propio niño, el niño vivido, el niño presente, el niño ausente, que cuestiona y puede llegar a modificar las formas de los mecanismos de regulación y poder en las prácticas institucionales y las mismas prácticas

instituyentes, partiendo de una actitud reflexiva, incluyente y pluralista de las infancias de hoy, con una visión eternamente cambiante y eternamente nueva, en la que la divinidad de la luz, el rostro de Apolo pueda alcanzar la purificación de lo intangible, pero la voz de Dionisio pueda manifestar la esencia más íntima del ser humano: el niño.

*Mientras tanto he aprendido muchas cosas, incluso demasiadas,
sobre la filosofía de este dios,
y, como ya he dicho, ha sido de boca a boca:
Yo, el último discípulo, el último iniciado del dios Dionisio.
¿He de empezar, por fin, a daros a gustar, amigos míos,
un poco de esa filosofía, si me está permitido?
Habrá de ser a media voz, pues se trata de muchas cosas nuevas,
ocultas, extrañas, maravillosas e inquietantes.*

Friedrich Nietzsche

Obras Selectas – Más allá del bien y el mal (2004)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abbagnano N. & Visalberghi A.** (1992). *Historia de la Pedagogía*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica S. A. de C. V.
- Álzate P., M. V.** (2003). *Infancia: Concepciones y perspectivas*. Pereira: Editorial Papiro.
- Amador, J. C.** (2012). *La Condición Infantil Contemporánea: Hacia una epistemología de las Infancias*. Pedagogía y Saberes. Facultad de Educación Universidad Pedagógica Nacional, 73-87.
- Ariès, P.** (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Aristóteles.** (1995). *Metafísica*. Madrid: Colección Austral. Espasa Calpe.
- Berger, P. & Luckmann, T.** (1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Biblioteca Luis Angel Arango - Casa Republicana.** (2012). *Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia*. Bogotá: Banco de la República.
- Burkert, W.** (2007). *Religión Griega, Arcaica y Clásica*. Madrid: Abada Editores, S.L.
- Bustelo, E.** (2011). *El Recreo de la Infancia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bustelo, E.** (2012). *Notas sobre infancia y teoría: un enfoque latinoamericano*. Salud Colectiva, 287 - 298.
- Carli, S.** (1999). *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.
- Carli, S.** (2006). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, a calle y el shopping*. Buenos Aires: Paidós SAICF.
- Casas, F.** (1998). *Infancia: Perspectivas psicosociales*. Barcelona: Paidós.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe.** (15 de Septiembre de 2014). *Cepal.org*. Obtenido de *Cepal.org*: <http://www.cepal.org/cgi->

bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/10026/P10026.xml&xsl=/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl

- Corea, C. & Lewkowicz, I.** (2011). *Pedagogía del Aburrido - Escuelas destituidas, familias perplejas* -. Buenos Aires: Paidós Educador.
- Deleuze, G.** (1999). *Conversaciones 1972-1990*. Valencia : Pre-Textos.
- Delgado, B.** (1998). *Historia de la Infancia*. Barcelona: Ariel S.A.
- Ferraris, M.** (1998). *La hermenéutica*. México: Taurus.
- Foucault, M.** (1979). *La Microfísica del Poder*. Madrid: España: Ediciones de La Piqueta .
- Foucault, M.** (2000). *Un dialogo sobre el poder y otras conversaciones* . Madrid: Alizanza Editorial .
- Foucault, M.** (2010). *Vigilar y Castigar*. Mexico, D.F.: Siglo xxi editores, S.A. de C.V.
- Fryd, P. et al.** (2011). *Acción Socioeducativa con infancias y adolescencias, miradas para su construcción*. Barcelona: UOC.
- Gaitán, L.** (2006). *Sociología de la Infancia* . Madrid: Síntesis.
- García Canclini, N.** (2001). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica
- García Méndez, E.** (1994). *Derecho de la Infancia-adolescencia en America Latina: de la situación Irregular a la Protección Integral*. Bogotá D.C.: Forum.
- Heidegger, M.** (2013). *Nietzsche*. Barcelona: Planeta S.A.
- Jimenez B., A.** (2012). *Emergencia de la Infancia Contemporánea, 1968 - 2006*. Bogotá: Editorial Universidad Distrital.
- Kant, I.** (2004). *¿Qué es la Ilustración?* Madrid: Alianza Editorial
- Llobet, V.** (2010). *¿Fábricas de niños?* Buenos Aires: Noveduc.
- Mannoni, O.** (1964). *Ya lo sé pero aún así...* Les Temps Modernes No. 217.
- Miller, A.** (15 de septiembre de 2014). *Pinturas 1975- 2005*. Obtenido de: Alice Miller http://www.alice-miller.com/index_es.php
- Minicelli, S.** (2010). *Infancias en estado de excepción*. Buenos Aires: Noveduc.

- Narodowski, M.** (1994). *Infancia y Poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Buenos Aires: Aique.
- Narodowski, M.** (2013). *Hacia un mundo sin adultos. Infancias híper y desrealizadas en la era de los derechos del niño*. Actualidades Pedagógicas No. 62, 15-36.
- Nietzsche, F.** (1984). *La Generalogía de la Moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F.** (2012). *Así Hablo Zarathustra*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F.** (2009). *El Nacimiento de la Tragedia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F.** (2010). *El Crepúsculo de los Ídolos*. Buenos Aires: Biblioteca EDAF.
- Nietzsche, F.** (2004). *Obras Selectas - Más allá del bien y el mal*. Madrid: Edimat Libros, S. A.
- Pérez V, D.** (2011). *Pluralismo, convivencia y sociedad*. Bogotá D.C.: USTA Ediciones.
- Pollit, D.** (Mayo de 2014). *Buen trato y Maltrato a los niños, niñas y adolescentes*. (Corrales M, M. C. Entrevistador)
- Prensky, M.** (2001). *Enseñar a nativos digitales*. Estados Unidos: Ediciones SM
- Rey, G.** (1987). *Las Huellas de los Social - Interacción, socialización y vida cotidiana*. Signo y Pensamiento No.11, 10-32.
- Rousseau, J.J.** (2005). *El Emilio o De la Educación*. Madrid: Alianza Editorial
- Unicef.** (1989). *Convención sobre los derechos de los niños y las niñas* . Bogotá D.C.: Gente Nueva .
- Unicef.** (30 de Agosto de 2014). *UNICEF: El camino hacia la Convención de los Derechos del Niño*. Obtenido de http://www.unicef.org/spanish/crc/index_30197.html
- Vattimo, G.** (1987). *El fin de la Modernidad*. Barcelona : Gedisa S.A.
- Vattimo, G.** (1996). *La sociedad transparente*. Barcelona: España: Ediciones Paidós.
- Vattimo, G.** (2000). *El Pensamiento Débil*. Madrid: Cátedra S.A.